

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**MADRE MARÍA DE JESÚS DE ÁGREDA,
MADRE LUISA DE LA ASCENSIÓN,
y MADRE JUANA DE LA CRUZ**

VIDAS PARALELAS

S. MILLÁN – 2021

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Madre María de Jesús de Ágreda.
Madre Luisa de la Ascensión.
Madre Juana de la Cruz.
M. María Jesús, abadesa.
M. Luisa, abadesa.
M. Juana, abadesa.
El demonio.
Éxtasis.
M. Luisa. Vida ordinaria.
Sor Juana y algunos carismas.
a) Las llagas.
b) Párroco.
M. María de Jesús. escritora.
Los escritos de sor Juana.
M. María de Jesús y las almas del purgatorio.
a) El alma de la reina.
b) El alma del príncipe.
Muerto resucitado.
Sor Juana y la resucitada.
M. Luisa y las almas del purgatorio.
Sor Juana y las almas del purgatorio.
Vivir sin comer.
Comida celestial. Sin dormir.
Ayunos de sor Juana.
M. María de Jesús y los ángeles.
M. Luisa y los ángeles.
Sor Juana y los ángeles.
Bilocaciones de la M. Luisa.
Bilocaciones de sor Juana.
M. Luisa. Conversión de un moro.
M. María. Conversión de un moro.
M. Juana. Conversión de dos moros.
La M. María de Jesús y los indios americanos.
M. Luisa y los indios americanos.
La M. Ágreda y la Inmaculada.
Sor Juana de la Cruz y la Inmaculada.
Sor María. Milagros en vida.
M. Luisa y los milagros.

Sor Juana y los milagros.

Muerte y exhumaciones de M. Luisa.

a) Mal olor. b) De Valladolid a Carrión.

c) Suavísimo olor.

Muerte de la M. María de Jesús.

a) Mal olor. b) Buen olor.

c) Otras exhumaciones.

Muerte de sor Juana.

a) Mal olor. b) Buen olor.

c) Inhumación en el coro bajo 1534.

d) Traslación al coro alto 1541.

M. María y M. Luisa. Milagros después de su muerte.

Sor Juana. Las cuentas de los rosarios.

1.- Las cuentas del portero.

2.- Oriente y Occidente.

Inquisición y M. Luisa.

Causa de beatificación de M. Ágreda.

Proceso de beatificación de sor Juana.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

Las vidas de la M. Luisa de la Ascensión, la monja clarisa de Carrión, la vida de sor María de Jesús de Ágreda, concepcionista franciscana, y la vida de sor Juan de la Cruz, la santa Juana, son muy semejantes en muchas cosas. Y es precisamente este aspecto de sus vidas el que vamos a comentar en el presente libro.

Ellas son españolas y fueron religiosas de vida contemplativa. El demonio, con el permiso de Dios, trató de maltratarlas e impedir sus proyectos, pero al fin salieron triunfantes del poder del enemigo, que se les presentaba en diferentes formas, feas y horribles. En cuanto a su austeridad, fue importante la de la M. Luisa, que solo dormía un cuarto de hora y estuvo varios años sin comer y solo recibía de su ángel un poco de alimento celestial, que le servía para darle las energías para vivir normalmente a pesar de sus grandes e importantes trabajos. Sor María de Jesús y sor Juana comían muy poco, menos de lo necesario para vivir normalmente, pero ambas llevaban una vida intensa de oración y trabajo. Las tres fueron abadesas y se relacionaron con las familias reales. Sor Juana con Carlos V, la M. Luisa especialmente con Felipe III y la M. María de Jesús con Felipe IV; y tuvieron relaciones epistolares como consejeras de Estado, aconsejando a los reyes. Cuando fueron abadesas de sus monasterios, procuraron corregir los abusos y encauzar a la comunidad por caminos de mayor fervor y santidad.

También, ya en vida, las tres fueron aclamadas como santas por la gente común y también por personas importantes, eclesiásticas y civiles. Incluso reyes, cardenales y obispos acudían a ellas para aconsejarse. Ayudaron mucho a las almas benditas del purgatorio, ofreciendo por ellas y por los pecadores sus sufrimientos y oraciones. Y no olvidemos que sus éxtasis fueron tan llamativos que muchos acudían a verlas en esos momentos, especialmente después de la comunión, en que su rostro se transformaba en rostro celestial.

Las tres fueron grandes devotas del dogma de la Inmaculada Concepción y sufrieron por ello de los negacionistas de este misterio, que las acusaron al tribunal de la Inquisición, del que salieron exculpadas: sor Juana y sor María de Jesús en vida y M. Luisa después de su muerte. Ellas tuvieron carismas sobrenaturales, como el de conocimiento de los corazones, de profecía, de hacer milagros y curar enfermos y también el de bilocación. M. Ágreda y M. Luisa incluso también estuvieron evangelizando a los indios norteamericanos, algo que está comprobado históricamente y aceptado por muchos historiadores norteamericanos.

Sus cuerpos, al morir, tuvieron al principio mal olor, pero después todas sus cosas y todo el convento quedó inundado de un olor celestial maravilloso. Las tres igualmente, hicieron milagros grandiosos después de su muerte. En los tres casos se comenzaron los trámites para su beatificación, pero fueron detenidos por los contrarios y todavía esperamos que un día no muy lejano puedan ser aclamadas por todo el mundo católico como santas y dignas de veneración para gloria de Dios, de España y del mundo entero.

Nota.- *Vida* hace referencia al libro *Vida y fin*, escrito por la amanuense de sor Juana, sor María Evangelista, Cubas (Madrid), 2020.

Eduardo Royo se refiere a su libro *Vida de sor María de Jesús de Ágreda*, Madrid, 2019.

Párroco nos lleva al libro de M.^a Victoria Triviño, *Mujer, predicadora y párroco*, BAC, 2005, hace referencia a sor Juana de la Cruz

Barriúso, es un libro de Patrocinio García Barriúso, *La monja de Carrión*, Ed Monte Casino, Madrid, 1986, sobre la vida de M. Luisa de la Ascensión

MADRE MARÍA DE JESÚS

La Madre María de Jesús de Ágreda, o sea, Sor María Coronel y Arana, nació en Ágreda (Soria) en 1602 y murió en 1665. Sus padres fueron Francisco Coronel y Catalina de Arana, que eran muy religiosos y desde muy niña le enseñaron las oraciones y a vivir una vida de piedad con su propio ejemplo. Tuvieron 11 hijos, de los que solo sobrevivieron cuatro: Francisco Coronel (sacerdote franciscano), María de Jesús, nuestra santa concepcionista; su hermana Jerónima, un poco menor, y que también fue religiosa en el mismo convento de Ágreda en unión con su madre; José, también religioso franciscano.. Su padre entró de lego en el convento franciscano de Nalda (La Rioja).

A los 8 años María hizo su voto de castidad perpetua, según refiere su confesor el P. Samaniego ¹. A los 12 años María de Jesús quiso ya ser religiosa y se pensó en que entrara en las carmelitas descalzas de Tarazona. A los 13 años se enfermó y estuvo al borde de la muerte. Su madre era muy religiosa e iba todos los días a misa al convento de S. Julián de los franciscanos de Ágreda. Un día tuvo una revelación sobrenatural en que Dios le pedía transformar su casa en un convento para vivir en él con sus dos hijas. En 1618, cuando María tenía 16 años, se hicieron algunas reformas en la casa de sus padres y quedó constituida en convento concepcionista de las descalzas, pero como no encontraron fundadoras descalzas, vinieron a ayudarles y formarlas tres religiosas concepcionistas calzadas del convento de Burgos. La primera misa en la nueva iglesia se celebró el 8 de diciembre de ese año 1618. El 13 de enero de 1619 tomaron el hábito la madre, María de Jesús y su hermana Jerónima. Pronto acudieron vocaciones al ver el género de vida y el fervor que llevaban. El 2 de febrero, con sus 18 años, hizo su profesión en unión con su madre. Su hermana no pudo hacerla por falta de edad. Su padre ya había hecho la profesión como hermano lego en el convento de Nalda. Y asistió a la ceremonia.

MADRE LUISA DE LA ASCENSIÓN

Luisa Colmenares Cabezón, la monja de Carrión, nació en Madrid en mayo de 1565. Sus padres fueron Juan de Colmenares y Jerónima Cabezón y Padilla. La madre estuvo casada en primeras nupcias con Cristóbal de Urbina y tuvo tres hijas; en segundas nupcias se casó con el susodicho Juan de Colmenares y tuvieron seis hijos: Luisa, la santa de nuestra historia; Francisco y Alejo. Alejo murió soltero, siendo alférez, y Francisco fue guardadamas de la reina. Y además

¹ José Jiménez Samaniego, *Relación de la vida de la Vble. M. sor María de Jesús*, Madrid, 1727, p. 24.

otras tres hijas: Mencía, Catalina y Jerónima. Los padres de Luisa estuvieron vinculados con la Corte real. Su padre era criado de su Majestad y la madre camarera de la emperatriz.

De 1565 a 1582 vivió en la casa paterna en un ambiente religioso y ejemplar. Llevaba un vida intensa de oración y sacrificio y deseaba ser religiosa para ser toda de Jesús. En 1582, con 18 años, fue llevada al convento de las clarisas de Carrión de los Condes (Palencia) para hacer compañía a su tía paterna Catalina Colmenares. Viviendo con las religiosas fue un ejemplo de oración y penitencia para ellas y a sus 19 años hizo sus votos en 1584. Llevaba puesto un cilicio y su austeridad llamaba la atención de las otras religiosas, que no eran un modelo de observancia, pues algunas de familias nobles tenían sus criadas y sus provisiones personales. Además había mucha relajación en su trato con los seglares, faltas de silencio y de observancia religiosa.

MADRE JUANA DE LA CRUZ

Sor Juana de la Cruz, llamada la santa Juana (1481-1534) nació en Azaña (hoy Numancia de la Sagra) del arzobispado de Toledo en 1481, no se sabe el día de su nacimiento, aunque por tradición se dice que fue el 3 de mayo, fiesta de la Santa Cruz. Sus padres fueron Juan Vázquez y Catalina Gutiérrez. Ella se llamaba según el acta de nacimiento *Juana Vázquez Gutiérrez*. Tuvo otros dos hermanos: Francisco, que fue sacerdote, y una hermana que llegó a ser abadesa del monasterio de Cubas, llamada sor Marina de San Miguel. También tuvo otra hermana que murió al momento del parto.

Consideró como su patrón a san Juan Bautista. Al año de nacida se encontraba en peligro de muerte y su madre, angustiada, hizo la promesa de ir a velar durante una noche al monasterio de Santa María de la Cruz y ofrecer el peso de la niña de cera. En el lugar de esa capilla de la Virgen se había aparecido la Virgen a Inés Martínez de doce años y medio y era un centro de peregrinación por los muchos milagros que allí se realizaban. Allí existía un beaterío de la tercera Orden de San Francisco, fundado por la vidente con algunas mujeres devotas. Con el tiempo la casita primitiva se amplió, formando un pequeño convento.

La niña se curó y su madre se olvidó de la promesa. Cuando tenía 4 años, de nuevo se vio en peligro de muerte. Esta vez su madre peregrinó, no al lugar de la promesa, a Santa María de la Cruz, sino a la ermita de San Bartolomé de Añoover de Tajo, donde también había muchas sanaciones. La llevó ante el altar de san Bartolomé. El caso es que la niña se rió de contenta y se sanó. Dijo que

san Bartolomé la había abrazado y besado y le había dicho: *Niña, acuérdate de mí que yo me acordaré de ti.*

Otro día, con sus cuatro años, se cayó de un burrito y quedó en tierra sin sentido. El párroco del lugar la vio y la tomó en sus brazos y la llevó a casa de su abuela. La niña contó que había tenido la visión (¿del cielo?) donde vio hermosos prados y flores muy hermosas y muchos árboles floridos y con frutas y muchas hermosas aves que cantaban maravillosas canciones. También había muchos niños que cantaban y vio muchas doncellas que acompañaban a una Señora cuyo resplandor y hermosura superaba sin comparación a todas las demás. Y los niños le decían: *Niña, ¿por qué no haces reverencia a esa gran Señora, que es la Madre de Dios y Señora de todos?* Y ella rezó el avemaría ².

A sus siete años murió su madre sin haber cumplido la promesa de llevarla a Santa María de la Cruz, pero le insistió a su esposo que la cumpliera por ella. Tampoco el papá de la niña cumplió y al final tuvo ella misma el deseo de cumplirla, yendo a vivir de por vida en ese monasterio, en el lugar donde se había aparecido la Virgen en 1449.

Con 13 ó 14 años su padre la envió a casa de unos tíos ricos para que pudieran enseñarle buenos modales para ser una buena esposa y a la vez poder relacionarse con gente de más categoría social. Cuando ya tuvo 15 años, los tíos, al igual que su padre, pensaron en buscarle un buen partido para casarse. Un hidalgo de Illescas, Francisco Loarte, se enamoró de ella y la pidió en matrimonio. Sus tíos y su padre estuvieron de acuerdo, pero ella quería entregarse totalmente al servicio y amor de Dios y, en vistas de que no la iban a dejar marchar libremente, decidió escaparse e ir al monasterio vestida de hombre. Tomó el traje de su primo: calzas, juboncillo y borceguíes, con sombrero ladeado y la espada al cinto y un hatillo bajo el brazo con sus vestidos de mujer; y un amanecer emprendió la huida.

Durante el camino tuvo mucho miedo de ser descubierta y de que pudiera sucederle algo malo. Al amanecer sus familiares se pusieron a buscarla y el enamorado en un buen caballo recorrió el camino que llevaba al monasterio. La encontró, pero no la reconoció y ella pudo llegar al convento. En un rincón se quitó el traje de hombre y se puso sus vestidos y llamó al torno. Rogó ser recibida y la abadesa la aceptó, pero ese mismo día vinieron en su busca sus familiares a querer sacarla por la fuerza. Ella se mantuvo firme. Las religiosas la apoyaron y al fin su mismo padre se resignó y aceptó que se quedara para siempre con ellas. Era el año 1496. Tenía 15 años y después de un año, hizo sus votos religiosos.

² Vida, fol 5-6.

En el convento, le encomendaron varios oficios. Primero fue cocinera, después portera y a continuación sacristana. Con el tiempo también fue una buena enfermera. Las religiosas se dedicaban también a hacer tocas y otros trabajos hilando y tejiendo en sus telares. Como en ese tiempo no tenían clausura, algunas también cuidaban ganado menor por los campos y en caso de necesidad debían ir a pedir limosna por los pueblos cercanos.

M. MARÍA DE JESÚS, ABADESA

En 1623 volvieron las tres fundadoras concepcionistas a su convento de Burgos después de cuatro años y medio y vinieron otras tres del convento de la Concepción de Madrid, llamado del Caballero de Gracia, y en 1627 regresaron a su convento al ser nombrada abadesa ese año con casi 25 años María de Jesús con permiso de Roma por no tener la edad. Y fue abadesa durante 35 años.

Lo primero que hizo fue poner en la silla principal del coro una imagen de nuestra Señora de la Concepción, a quien llamó abadesa y Superiora del monasterio, reservándose para sí el título de Vicaria y Sustituta. A la Virgen, como a su prelada, puso a sus pies el libro de la Regla y Constituciones y el sello del convento.

Y desde que la Virgen se constituyó su prelada y maestra, iba a su presencia y de rodillas, con toda sumisión, le pedía permiso de aquellas cosas que se habían de hacer en el monasterio, así como le decía las culpas que en aquel día había cometido; presentándose a Su Majestad como súbdita todas las noches antes de recogerse. Y muchas veces después de haber dicho sus culpas, la Reina del cielo la reprendía, corregía y enseñaba ³.

El día que comenzó la construcción del nuevo monasterio no había en el convento ni 20 reales. Y para pagar un poco de cal fue preciso pedir cien reales prestados a un devoto llamado Ignacio Álvarez de Colinas. Y todas las semanas se pagaron a los oficiales, y no se conoció limosna cuantiosa ni se dejó de trabajar por falta de dinero ⁴.

Durante la construcción del nuevo monasterio sucedió que una doncella, subiendo agua a lo más alto de un andamio, cayó en tierra y no se hizo mal. Otro peón cayó de muy alto y dio con la cabeza en una piedra y se rompió la piedra, quedando sana la cabeza, volviendo al trabajo sin susto. En un andamio cargaron

³ Eduardo Royo, *Vida de sor María de Jesús Ágreda*, Ed. S. Ramón, Madrid, 2019, p. 125.

⁴ Eduardo Royo, p. 128.

tanto de maniobra sin advertirlo que se venció al otro lado y cayeron todos los maestros y peones, y el andamio y maniobra sobre ellos; y acudiendo todos a sacarlos, pensando hallarlos reventados, no sucedió daño alguno. Y dando gracias a Dios, volvieron a su trabajo muy alegres. Y la venerable llamó al padre predicador fray Francisco Oca, y le dijo que una pared estaba bombeada, que la derribasen. Él le preguntó cuáles señales le daría de haberla visto. Y la Madre le dijo que la había llevado el ángel de la guarda a verlo y que su paternidad estaba enseñando la doctrina a los niños, y otras señas ciertas. Y el religioso hizo a los maestros echar la pesa y conocieron el daño y lo remediaron. Fue opinión que dos hombres que trabajaban con título de maestros de obras por todo el tiempo de la fábrica con mucho afán, desinterés y silencio, fueron ángeles, porque, sin cobrar sus cantidades, se desaparecieron sin más gastos que lo poco que comieron ⁵.

M. LUISA, ABADESA

En 1609, a los 44 años y 25 de profesa, fue elegida abadesa de la Comunidad de Carrión. Una de sus primeras decisiones fue la construcción de una nueva iglesia en el mismo pueblo de Carrión de los Condes (Palencia).

Además de la iglesia, hizo construir la sacristía, adosada a la misma iglesia. Amplió y edificó celdas y otros locales del convento como la nueva hospedería para los capellanes. Hizo levantar los muros de la huerta, que siguen firmes después de más de tres siglos y medio. En estas obras invirtió miles de ducados que le fueron llegando por manos de devotos, entre ellos del rey Felipe III. También fue generoso con ella el rey Felipe IV. Cuando no era abadesa, tuvo especial permiso del general de la Orden de los franciscanos, para recoger dinero y realizar las obras.

Consiguió la impresionante talla de la Piedad, que se venera en la iglesia y es obra de Gregorio Hernández, y también el Cristo crucificado, venerado en uno de los altares laterales. También consiguió importantes reliquias como las de San Pablo, de san Cosme y Damián, de san Benito y un trozo de muñeca de san Blas, con otras reliquias.

Siendo ella la abadesa, trató de eliminar algunos abusos, que algunas religiosas jóvenes, de apellidos ilustres, fomentaban en la comunidad. Una era doña Inés Manrique de Lara, sobrina del arzobispo de Burgos; y la otra doña Jerónima Osorio. El Vicario general de la Orden en España castigó a las culpables.

⁵ Ib. p. 129.

M. JUANA, ABADESA

El año 1509 sor Juana fue elegida abadesa de la comunidad. Era demasiado joven. Tenía 28 años y no alcanzaba la edad canónica, pero todo se arregló y pudo serlo a pesar de que no quería. Siendo abadesa, no solo pensó en las necesidades corporales de las religiosas. También pensó en los seglares y muchos venían al monasterio a pedir ayuda corporal o espiritual y muchos también a pedir la salud, que ella muchas veces conseguía de Dios con verdaderos milagros. Como Dios le dio el don del conocimiento sobrenatural, podía aconsejar conociendo el interior de las personas.

Según refiere su amanuense sor María Evangelista: *Era muy prudente y muy reverenda en su persona, de mucha discreción y capacidad y de gesto muy hermoso y de grande gravedad, adornada de mucha humildad de actos honestos y perfectos. Tenía presencia de muy grande autoridad. Era de amigable conversación.*

La gente acudía en masa sobre todo el día 9 de marzo, recordando las apariciones de la Virgen en el lugar del monasterio en marzo de 1449. Se celebraban misas solemnes y procesiones. Asistían muchos peregrinos. En los primeros años las hermanas preparaban pan, vino y queso, que los vecinos de Cubas daban por caridad a los peregrinos. Con sus propias manos ella preparó muchos bocadillos de pan y queso y se alegraba de ver tanta gente que acudía a visitar el lugar de las apariciones de la Virgen.

También tuvo muy buenas limosnas de grandes personajes de la época como el Gran Capitán, don Gonzalo Fernández de Córdoba. Cuando debía realizar una campaña importante iba a pedir la bendición a sor Juana. Le dio 500.000 maravedíes con los que pudo ampliar el convento y hacer muchas mejoras en su estructura. Según sor Ana de la Concepción, con sus donativos se pudo costear la mayor parte de las obras del convento.

También la visitaba el cardenal Fray Francisco Jiménez de Cisneros, quien la nombró párroco del pueblo. El emperador Carlos I de España y V de Alemania le hacía visitas para pedirle consejo y encomendarle los asuntos de Estado. El emperador dio al convento 9.000 maravedíes de juro perpetuos. Y no solo era el emperador, sino también toda su familia y las grandes damas y caballeros de la Corte, quienes la tenían como madre y consejera espiritual.

El duque de Alba, siendo capitán general del emperador, también la visitó y se encomendaba a sus oraciones. Hernando Colón, hijo de Cristóbal Colón, el descubridor de América, escribió en 1517 en su libro *“Descripción y Cosmografía de España”*: *La Cruz es un monasterio de monjas en que está una santa mujer viva, que se llama Juana de la Cruz, la cual se traspone en vida dos o tres días y después resucita* ⁶. En el convento se recuerdan las visitas a su sepulcro de Felipe II, don Juan de Austria, Felipe III, Felipe IV, los príncipes de Saboya, la duquesa de Mantua, la archiduquesa de Austria...

Ella como abadesa se preocupaba del bien corporal y espiritual de los criados del convento.

Uno de los criados más famosos fue, sin duda, Juan del Río, mozo trabajador y bastante temerario, según parece. Después de la siega, Juan iba a moler el trigo a los molinos de Bayona (hoy Titulcia), que están a 4 leguas del convento. En una ocasión, cuando regresaba con el trigo molido, se encontró el paso cortado por la crecida del río Jarama. Varios carreteros habían quedado allí detenidos, pues nadie se atrevía a cruzar. Juan, “presumiendo ser más hombre que todos los demás, se atrevió a entrar con el carro en el río. Y en entrando, fue tan grande el golpe de agua que arrebató el carro, las mulas y el mozo. Y se lo llevaba”.

Mientras estas cosas sucedían, sor Juana tuvo una revelación y dijo a las hermanas: “En gran peligro está nuestro criado Juan, y las mulas. Hagamos oración por él”. “Y así se pusieron en oración, y quiso Nuestro Señor que, por ella, se librase el dicho Juan del Río, y saliese con el carro sin peligrar cosa alguna”. Se verificó que todo sucedió en el mismo instante: el peligro, la revelación, la oración y la prodigiosa salvación. Había testigos a la orilla del río. Sor Juana asoció a todas las hermanas en su intercesión.

Otro criado muy nombrado en las fuentes es Juan de la Fuente, casado con Inés de Contreras. Era maestro en albañilería y se cuidaba de las obras y mantenimiento del convento. Debía ser hombre más prudente ya que de él no se cuentan especiales accidentes. Por sus hijas, María e Isabel Contreras, también tenemos noticia de su trabajo y de sus testimonios.

Criada del convento era Antonia Rodríguez. Entre otras muchas cosas que debía hacer en la portería, sabemos que Antonia iba a cobrar las rentas. Parece que iba a pie y expuesta a los accidentes de circulación de aquel tiempo. “Yendo en una ocasión a cobrar la renta que se debía al convento, viniendo ya para él, del cabo del Puente de la Alhóndiga le salió un toro agarrochado

⁶ Párroco, p. 153.

(herido de garrocha) al camino, sacada la lengua y bramando, viniéndose ya para ella. Viéndose afligida exclamó: “Sor Juana de la Cruz, rogad a Nuestro Señor que me libre de este toro”. Dicho esto, al toro se le doblaron pies y manos y cayó al suelo. Antonia corrió libre, dejando al toro caído.

Cuando llegó a la portería del convento halló la puerta abierta. Sor Juana la estaba esperando. La acogió y le dijo: “Seas bienvenida, hermana, que yo ya supe el peligro en que habéis estado con el toro. Las hermanas y yo hemos hecho oración a Dios para que te librase de él”.

Pedro Díaz, vecino de Cubas, era sobrino de Juan de la Fuente. Dijo que “todos cuentan grandezas” de la abadesa de la Cruz. Oyó decir a sus padres, Gaspar y María, “que habiendo ido un criado del dicho convento por un carro de cal para una obra que en él se hacía, acaeció que viniendo cargado ya se mojó la cal en el camino y comenzó a arder y a abrasarse el carro, de manera que se vieron en muy notable peligro. Y estando en él se acordó de la bienaventurada Juana de la Cruz, que entonces era abadesa de dicho convento, y luego milagrosamente cesó el fuego. Y al mismo tiempo tuvo de ello revelación la dicha bienaventurada, y así lo dijo al mozo antes que él dijese ninguna cosa, ni se pudiese saber de otra parte”⁷.

EL DEMONIO

La Madre Luisa refiere que haría unos 30 años que una religiosa vio en la huerta una culebra o serpiente grande que salía del hueco de un olmo y dio voces y acudió a ellas y vio una serpiente grande de vara y media, pintada a cuadros de verdinegro y la cabeza del tamaño de un corderillo y de grueso más de un brazo de un hombre, y que luego que la serpiente la vio, se metió en la cueva y comenzó a hacerla cruces y echar agua bendita y, hablando con la serpiente, dijo: *En nombre de mi dulcísimo Jesús, te mando que salgas de este convento.* Y la serpiente obedeció y se fue por el suelo, haciendo camino por entre una tapia de la huerta que estaba baja, no la vio más, ni voló por el aire. Y que, habiéndose quedado arrobada, vio en el raptó que en aquella serpiente se había entrado el demonio para espantar a las monjas y matarlas. Preguntada por el inquisidor sobre las palabras con que el confesor P. Aspe pinta el caso y sobre un lienzo que estaba pintado, teniendo ella la serpiente a los pies y diciendo en latín: *Sobre las serpientes caminarás, dijo que no sabía más que lo declarado*⁸.

⁷ Párroco, pp. 159-160.

⁸ Patrocinio García, Barriúso, *La monja de Carrión*, Ed. Monte Casino, Madrid, 1986, p. 89.

No tenía celda, sino el coro y los rincones del campanario, porque de noche le inquietaban y maltrataban los demonios y con aquel rumor no podían dormir las monjas y por no desasosegarlas no quería dormir en dormitorio. En algunas ocasiones los demonios la golpeaban y la metían debajo de la cama de las enfermas que visitaba. Y esto sucedió en presencia de otras religiosas. También se le aparecían bajo distintas formas para asustarla por la rabia que tenían de tantas almas que salvaba para Dios.

A la M. María de Jesús el demonio no la dejaba tranquila con el permiso de Dios, que quería purificarla y alejarla de las cosas creadas. Le apagaba la luz cuando iba por la noche a orar. Se le aparecía visiblemente en diversas formas de animales asquerosos y terribles. Le decía palabras feísimas y trataba de amedrentarla y hacerla desesperar con muchas tentaciones contra su vocación. Un día en que ella acudió a Dios ante tanta aflicción del demonio se le apareció la Virgen María con el Niño Jesús y ambos la consolaron. Otro día vio a Jesús llagado, que también la consoló.

El demonio le insistía mucho en que iba por un camino equivocado, que ofendía a Dios y se iba a condenar en el infierno. A Juana, en su camino al convento vestida de hombre, el demonio se le hacía presente con sus temores. Tenía miedo y en la oscuridad le parecía ver ciertas figuras de hombres malos que la acechaban y temblaba. A medio camino tuvo que descansar desmayada y se encomendó fervorosamente a la Virgen y a su ángel y pudo continuar su camino hasta llegar al convento. A lo largo de su vida el demonio la atacó desde diferentes puntos. Uno de ellos fue por medio de la Vicaria, que la acusó de malversación de dinero y de nepotismo por poner a su hermano Francisco como capellán del monasterio. La Vicaria, con algunas pocas religiosas, consiguió que los Superiores franciscanos la quitaran a Juana de abadesa y la pusieran a la Vicaria. Después de un año, la Vicaria enfermó gravemente y Juana la ayudó con generosidad en su enfermedad. La Vicaria se arrepintió de sus acusaciones y murió en paz.

Durante un año tuvo muchas tentaciones de los demonios que incluso le pegaban y las religiosas podían ver las señales de los golpes visiblemente. Ella dice: *Cuando me lleva mi santo ángel, veo algunas veces muchos demonios y me dan miedo. Entonces mi santo ángel esgrime la espada y todos tiemblan y le tienen miedo, porque los hiere y tiene más poder para pelear y vencer que nueve demonios juntos. Un día vi a deshora una muchedumbre de demonios de muy espantables figuras y mi ángel los espantó* ⁹.

⁹ Vida, p. 80.

Otro momento importante del ataque de Satanás fue en la última enfermedad de sor Juana. Ella les decía a sus religiosas: *Quítenlo a ese demonio de aquí*. Ella lo veía y lo sentía a su alrededor en esa última batalla, pero al final pudo vencer y morir en paz como una verdadera santa.

ÉXTASIS

La *M. María de Jesús de Ágreda* a veces veía al Niño Jesús en la hostia consagrada y otras veces veía el altar lleno de resplandor durante la misa ¹⁰. Muchas veces, después de la comunión, quedaba su cuerpo en éxtasis durante dos o tres horas y elevado del suelo, tan aligerado de su propio peso que, con un pequeño soplo aun a larga distancia, lo movían como hoja de árbol o ligera pluma y el rostro parecía de un serafín. *Fue vista en aquel tiempo arrobada más de mil veces* ¹¹.

Un día se extasió después de la profesión de una religiosa al oír cantar una canción religiosa a las demás. Estaban en el patio y era casi de noche y desde el cielo vino un gran resplandor a modo de globo de luz que permaneció largo rato sobre ella. Y todas lo vieron ¹².

Los éxtasis eran sobre todo después de comulgar, los confesores acudieron al padre provincial, P. Antonio Villalacre, para ver qué podían hacer, pero estuvieron de acuerdo en que todo era auténtico y bastaba una orden mental del confesor para volver en sí.

La *M. Luisa*, a veces se quedaba extasiada por más de media hora, de rodillas, con las manos puestas enlazadas, tiesa como si fuera de bronce, los ojos abiertos sin pestañear, ni resollar. Unas veces con semblante doloroso, echando lágrimas como perlas. Y otras veces alegre con rostro risueño según los objetos en que estaba meditando, cuando le cogía el éxtasis. Tenía el rostro humilde, flaco y descolorido, y, aunque no era blanca ni de hermosas facciones, en los éxtasis alegres, parecía un ángel. Alzándole la toca la abadesa, estando arrobada, se podían contar los huesos de flaca y en el cuello traía una argolla de hierro de dos dedos de anchura, clavada con un letrero esculpido en el hierro que decía: *Esclava de mi Señor Jesucristo* ¹³.

¹⁰ Eduardo Royo, p. 57.

¹¹ Ib. p. 92.

¹² Samaniego, o.c., pp. 85-86.

¹³ Barriúso, o.c., p. 129.

Cuando estaba en éxtasis, si la abadesa u otra persona de autoridad le decía mentalmente que volviera en sí, lo hacía de inmediato por el poder de la obediencia.

En el año 1506, con sus 25 años, *sor Juana* se quedó en éxtasis por primera vez a la vista de las hermanas de la comunidad. A partir de ese momento fueron muy frecuentes los raptos. Lo mismo los tenía en el coro, que en la sala de labor, que en la cocina o en el comedor. Se quedaba inmóvil e insensible como una estatua de mármol. A veces durante horas, especialmente después de la comunión.

Esto se producía fundamentalmente por su intenso amor a Dios, a quien *veía* y sentía en cualquier cosa, hasta en las más sencillas y pequeñas. Todo le servía para sentir deseos de alabarlo y darle gracias y amarlo con todo su corazón. No olvidemos que, cuando tenía 4 años, vio por primera vez a su ángel y tuvo una visión del cielo. A lo largo de su vida su comunicación con su ángel y otros ángeles y santos fue frecuente, al igual que tuvo muchas visiones de la Virgen María y de Jesús, especialmente estando en éxtasis. Y, cuando dictaba sus sermones a su amanuense *sor María Evangelista*, estaba en un estado sobrenatural inspirada por el Espíritu Santo y su rostro resplandecía como si viviera en un mundo celestial.

M. LUISA, VIDA ORDINARIA

De ordinario la M. Luisa se levantaba mucho antes que las demás religiosas, barría el claustro y el convento, tocaba las campanas, atizaba las lámparas y abría las puertas, llevaba la cruz y caldero del agua bendita en las procesiones, comulgaba la última y en todo quería ser la última, juzgándose por menos que todas. Se ejercitaba en otros actos de servicio de la comunidad, suplía a las criadas en la cocina y en otras tareas más humildes y esto habitualmente. Cada mañana oía misa y comulgaba reconciliándose antes y luego se recogía en su celda o ermita y desde ella oía otras varias misas hasta que era hora de acudir a las obras, que se estaban construyendo y a otras cosas que le señalaba la obediencia ¹⁴.

Gran parte de la noche la gastaba en penitencias y las que de ordinario hacía eran andar de codos y rodillas por el suelo, ponerse en una cruz que tenía en su celda, darse sangrientas disciplinas y otros géneros de mortificaciones, acabadas las cuales se iba ante el Smo. Sacramento para orar, y desde allí a visitar las enfermas.

¹⁴ Ib. p. 497.

Su vestido era una túnica, hábito y manto de estameña grosera, o de sayal, y una toca de lienzo y velos de beatilla, sin que jamás trajese camisa de lienzo, y de ordinario andaba descalza con sólo unas sandalias. De ordinario traía debajo de los vestidos un cilicio de hierro y cadena, y una argolla a la garganta, y algunas veces un ceñidor de hierro, y con todo andaba tan normal y tan ágil en el ejercicio de las obras en que se ocupaba como si de tales asperezas no usara.

Cuando alguna monja estaba enferma, tan pronto Sor Luisa se desocupaba de las obras y demás obligaciones de la obediencia, acudía a visitarla una o más veces cada día y especialmente de noche, agasajándola y regalándola, incluso con limosnas, ella les daba jarabes y purgas, exhortándolas a disponer su conciencia y consolándolas en la falta de salud, y a veces les pagaba las medicinas y médico y daba dineros para gallinas. A las que tenían llagas, hasta llegaba a besárselas. Cuando la enfermedad era de peligro, la asistencia de Sor Luisa era lo más asidua posible hasta que morían, ayudándoles en aquel trance con mucho fervor y caridad.

Estando en peligro de muerte algunas monjas, y allí a su lado Sor Luisa, rogaba a Dios por ellas, quedándose con frecuencia arrobada.

Sobre su vida personal se dice: Acabados los maitines, se va a una ermita y entrando en ella se pone en la cruz de hierro postrada en tierra y hace examen de su conciencia y, acabado, se levanta y se le aparece san Antonio de Padua, su gran devoto, con el Niño Jesús y la consuela mucho. Y ruega al santo que le alcance el perdón de nuestro Señor, el cual viéndola tan afligida la consuela y la confiesa espiritualmente y, en dándole su bendición, la manda se confiese con su padre espiritual y esto cada noche y viene con gran resplandor el Niño Jesús que tiene el santo en sus manos y le da su bendición y con esto se acaba el examen de conciencia ¹⁵.

Después toma agua bendita y hace una disciplina, que es siempre de sangre y dura una hora, llegan los demonios, unas veces estando en la cruz, otras en diferentes partes, vienen en tan feas figuras cuan grandes la imaginación puede imaginar y la azotan fuertemente, unos con cadenas de hierro, otros con bastones de lo mismo y otros la atenazan con rabia de los pies y manos y garganta y en la cabeza... hasta que llega el santo ángel de su guarda con otros muchos con música celestial, acompañando a la Virgen Santísima y a nuestro Padre san Francisco y nuestra Madre santa Clara y san Antonio, y le hacen la señal de la cruz en las llagas y queda luego sana y, ordenándolo Su

¹⁵ Ib. p. 176.

Majestad, no se quitan algunas luego y con ser tan grandes que llegan a los huesos, nunca crían materia ni gusanos. Cuando se van los demonios de atormentarla, van rabiosos y haciendo notable ruido... Cada día entre las siete y ocho (a.m.) va a comulgar y se le aparece su ángel y nuestro Padre y Madre y San Antonio y se le ponen a su lado, haciéndole mil favores y, en consagrando el S. Sacramento, lo ve con unos rayos de luz que entran en su alma con tanto efecto de amor de Dios y conocimiento de sus pecados que no lo puede aclarar y queda arrobada hasta que ha de recibir el S. Sacramento. Entonces vuelve en sí y la levantan dichos santos para que lo reciba y, en recibéndolo, se vuelve a arrobar y aquí ve a nuestro Señor y a su bendita Madre y los días de fiesta asisten allí aquellos santos, cuyas festividades celebra la Iglesia y le hace nuestro Señor grandes mercedes acerca de las almas del purgatorio ¹⁶.

SOR JUANA Y ALGUNOS CARISMAS

Tenía el don del conocimiento sobrenatural, sabiendo si lo que le decían era cierto o engaño. Conocía las cosas secretas de vida de cada persona antes que se lo dijese. Incluso, si había alguna persona endemoniada delante de ella, veía a los demonios visiblemente dentro de esa persona.

Un día entró una persona a su celda y ella descubrió que traía el pensamiento de hacerle daño y le vio un demonio echado en el cuello, que le abrazaba y le hablaba a los oídos.

a) LAS LLAGAS

Un Viernes Santo, estando en su celda por orden de los Superiores para que no tuviera éxtasis en público, al volver en sí se fue al coro y estaba llorando y descalza. No podía andar bien y ponía los pies de lado. Viéndola las religiosas entrar al coro, le preguntaron por qué iba así. Respondió que le dolían mucho los pies y las manos. Tenía las llagas del Señor, no abiertas ni manantes de sangre, eran unas señales redondas del tamaño de un real, de manera que parecían por las palmas de las manos que estaban impresas por la parte de encima y lo mismo en las plantas de los pies y salía de ellas un maravilloso olor. A menudo le ponían paños mojados y ella misma se soplaba las manos para calmar el fuego y el dolor que sentía ¹⁷.

¹⁶ Ib. pp. 177-178.

¹⁷ Vida, pp. 111-112.

b) PÁRROCO

El cardenal Cisneros la nombró párroco del pueblo de Cubas de la Sagra (Madrid). Esto causó extrañeza a algunos sacerdotes que creían que una mujer no podía desempeñar ese cargo, pese a que la abadesa del convento de las Huelgas de Burgos gozaba de un privilegio análogo, pero había resistencia en muchos para que una mujer ejerciera funciones de jurisdicción como si fueran privativas solo de los varones. El cardenal tuvo que firmar dos rescriptos en un año y pidió al Papa una bula para asegurar bien los hechos. Ella, como párroco, tenía derecho a escoger el capellán del monasterio y el sacerdote que desempeñara las funciones pastorales (misa, confesión, etc.). Ella nombró a su hermano sacerdote Francisco, tenía autoridad para esos nombramientos y ayudar a la gente de la parroquia en cosas espirituales. De hecho se preocupaba de todos sus parroquianos y, cuando moría alguien, lo encomendaba con sus religiosas y lo mismo se preocupaba de los enfermos. De ahí que mucha gente de la parroquia acudía a ella en sus necesidades materiales y espirituales.

Cuando murió el cardenal Cisneros, empezaron nuevos problemas. La acusaron de haber pagado 7 ducados para conseguir la bula del Papa, ratificando su autoridad como párroco. También la acusaron de nepotismo por nombrar a su hermano Francisco. La acusaron ante los Superiores franciscanos como que hacía las cosas sin su permiso. La Vicaria de la comunidad era la acusadora con alguna otra, aunque la mayoría estaba a su favor. El caso es que los Superiores franciscanos creyeron a la Vicaria y en un capítulo interno la sacaron de abadesa y nombraron a la Vicaria. Sin embargo, no pasó ni un año cuando la Vicaria se enfermó gravemente y ella la atendió como una madre y la Vicaria murió, pidiendo perdón a sor Juana. Entonces las religiosas la eligieron de nuevo abadesa. Era el año 1528 y sor Juana fue la abadesa los seis siguientes años hasta que murió en 1534.

M. MARÍA DE JESÚS. ESCRITORA

Dios le concedió la gracia de la ciencia infusa y entendía el latín, leído o hablado, aunque no podía expresarse en esta lengua. También podía entender con claridad los misterios de la fe. Y con inspiración sobrenatural escribió la Vida de la Virgen y difundió el misterio, muy discutido en su tiempo, de la Inmaculada Concepción. También defendió la infalibilidad del Papa.

Para fomentar la fe católica repartía a todos medallas, cruces, rosarios, estampas... Su obra principal es la *Mística ciudad de Dios*, obra que fue condenada por la universidad Sorbona de París, porque algún profesor consideró que contenía algunas frases heréticas. En 1645 se ausentó su confesor, el padre

Francisco Andrés, y le sustituyó un religioso anciano que le mandó quemar todo lo escrito. Al regresar el confesor, le mandó escribir de nuevo. Al morir el confesor el 19 de marzo de 1647, de nuevo el anciano religioso le mandó quemarlos y los quemó. Felizmente el nuevo confesor, P. Andrés de Fuenmayor, que fue su confesor desde 1650 a 1665, año en que murió, le mandó escribir y eso es lo que ahora tenemos a disposición. La *Mística Ciudad de Dios* fue publicada en 1670. Al principio fue prohibida su publicación por la Inquisición, pero después retiró la prohibición. Hay unas 173 ediciones en varias lenguas.

Fue consejera de Estado del rey Felipe IV, quien la visitó en Ágreda el 10 de julio de 1643. Con él mantuvo una frecuente correspondencia epistolar donde el rey le pedía oraciones por España y su familia y ella lo hacía y le aconsejaba. Incluso, cuando murió la reina y el príncipe heredero, se le aparecieron y rezó mucho hasta su liberación definitiva del purgatorio como escribe en sus escritos biográficos.

LOS ESCRITOS DE SOR JUANA

Sus escritos fueron realizados por su amanuense sor María Evangelista, según ella le dictaba o según lo que María Evangelista le oía cuando estaba en éxtasis y predicaba inspirada por el Espíritu Santo. A veces hablaba durante cinco o seis horas y hasta siete. Algunos decían: *Incrédulo era y, cuando vine a ver si podía oír hablar a esta bienaventurada, muy incrédulo vine y aún con intención de ponerla en la Inquisición*. Eran algunos inquisidores y otros que allí quisieran poner las manos en ella. En especial hubo uno en un sermón que era incrédulo y traía preparado un azote para hacerle mal. Y era muy interesante que, cuando terminaba el Espíritu Santo de hablar por su medio, ella decía a cada uno de los presentes con qué intención había venido ¹⁸. Esta gracia del Espíritu Santo la tuvo durante 13 años.

Un día un prelado ordenó por obediencia que nadie la oyese, cuando hablaba en éxtasis inspirada por Dios. Obedecieron las religiosas. Después de mucho rato la abadesa envió a una hermana a ver si había acabado de hablar y ver qué hacía, y vio que aún hablaba y que el suelo de su celda estaba lleno de muchas aves muy atentas y quietas, escuchando su palabra, y estaban alrededor de su cama y así estuvieron hasta que acabó y les dio la bendición.

Al ver este milagro, el Superior aceptó que la oyeron, pues Dios había enviado a las aves al igual que en la vida de San Antonio de Padua permitió a los peces del río que sacaran su cabeza del agua para escucharlo.

¹⁸ Vida, pp. 87-88

El libro de *Conhorte* de sor Juana de la Cruz, al igual que la *Mística Ciudad de Dios* y otros escritos de grandes santos, tuvo que pasar por la Inquisición bajo sospecha de herejía. El libro fue examinado por fray Miguel de Medina, fray Francisco de Torres y otros teólogos de Toledo. No hubo sentencia condenatoria y fue devuelto al convento. Fray Francisco Navarro dio testimonio de que todo el contenido del libro *Conhorte* tiene cosas soberanas y milagrosas y son dignas de reverencia y así las respetó el Consejo de la santa Inquisición, teniendo el libro mucho tiempo para verle y examinarle.

M. MARÍA DE JESÚS Y LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Un día tuve grandes inteligencias tocante a las almas del purgatorio y un santo ángel, que me estaba acompañando, me iba declarando lo que le preguntaba. Tuve visión e inteligencia de todos los sufragios que hacía toda la Iglesia de Dios y los fieles por sus difuntos, los sacrificios que hacían y los clamores por los difuntos ¹⁹. *Me dijeron los ángeles: “El tiempo que las almas están en el purgatorio las visitamos repetidas veces y las consolamos y les decimos quién les hace sufragios y cuándo y cómo y lo que se les disminuye, y va acabando el tiempo y otros muchos buenos oficios hacemos con ellas”* ²⁰.

a) EL ALMA DE LA REINA

A últimos de septiembre de 1644 tuve aviso de don Fernando de Borja que me hablaba de la enfermedad de la reina doña Isabel de Borbón para que la encomendase a Dios pidiendo su salud. Hice esta diligencia con todo el cuidado que me era posible y al fin, agravándose su enfermedad, llegó su dichosa muerte. El sábado siguiente, estando en maitines a media noche, vi como si la tierra se dividiera. Se me manifestó una profunda caverna y muy dilatada, llena de fuego, en que estaban padeciendo muchas almas. Y saliendo una de ellas se llegó a mí y me dijo: *Madre María, vengo a pedirte limosna*. Conocí que era el alma de la reina, de cuya muerte no había podido haber aviso de Madrid, y nada sabía entonces. Le respondí: *¿Cómo una tan gran reina pide limosna a una pobre como yo?* Me respondió: *Te la pido, porque los poderosos y ricos del mundo somos de ordinario los más pobres en la otra vida y en gran dicha que roguemos a las puertas de los que profesan la virtud y religión.*

¹⁹ Eduardo royo, p. 261.

²⁰ Ib. p. 264.

No ignoraba que aquel lugar donde la miraba era el purgatorio y le dije: *Me alegro mucho de que pidas limosna, porque con esto conozco que vives en gracia y seguridad de la salvación. Yo te ofrezco ayudarte con mi convento en lo que pudiéremos para que vayas luego a gozar de Dios y ruegues por nosotros.* Respondió y me dijo: *Así es, Madre mía, que por la misericordia de Nuestro Dios fui salva, aunque estoy purgando lo que debo por mis culpas* ²¹.

Otro día se me presentó vestida con las galas y guardainfante que traen las damas, pero todo era una llama de fuego. Y conocí que le daban grande tormento, porque ninguno es pequeño en la otra vida ²².

Dentro de otros cuatro o cinco días, se me apareció cuarta vez, por otro modo, después de haber comulgado y estando encomendándola a Dios; y me repitió lo que en las otras tres veces me había dicho. Y con esto pasé hasta que después de quince días llegó mi confesor, y se había confirmado la nueva de la muerte de Su Majestad. Y entonces me obligó la obediencia, que trabajase por aquella alma, y no dudase en lo que me había sucedido con ella. Y así pasé todo un año, sin tener más noticia de su estado; pero hice todo lo que pude y se me ordenó para socorrerla.

Llegó el día de las ánimas del año de mil seiscientos y cuarenta y cinco, y dos de noviembre; y estando aquella noche en los Maitines y Oficio que hace la Iglesia por los difuntos, se me manifestó el purgatorio con grande multitud de almas que estaban padeciendo, y me pedían las socorriese con lo que yo podía hacer por ellas. Conocí muchas, y la de la Reina, y otra de una persona que yo había tratado y conocido antes: de esta no hablo ahora, porque me pareció estaba más lejos de mí, y de salir del purgatorio. Pero conocí luego, que el alma de la Reina estaba más próxima para ir a gozar de Dios. Me pidió la ayudase para esto, porque esperaba que aquel día sería dichoso para ella. Yo me admiré que después de tantos sufragios y misas, como se habían ofrecido por ella, estaba siempre en el purgatorio; aunque solo había pasado un año y veinte y seis días, de su muerte.

Aquel día pedí a las religiosas una limosna para un alma sin decirles quién era, de los ejercicios que por ellas hacían; y todas la ofrecieron. Y llegada la noche, al tiempo que me iba a recoger vi algunos ángeles en la celda con grande hermosura, y que iban como de paso. Les pregunté adónde y a qué iban; y me respondieron que iban al purgatorio a sacar de él el alma de la Reina, por quien había pedido. Con que me dejaron llena de gozo y consuelo, y les di la enhorabuena que ellos tenían en aquella hora.

²¹ Ib. pp. 265-266.

²² Ib. p. 267.

*Pasadas tres horas, que sería, entre once y doce de la noche, estando yo en la tribuna volvieron los mismos ángeles con el alma que traían, pero no vi que viniese con señales de gloria. Y preguntándoles cómo no lo estaba, y cómo habían tardado tanto en traerla del purgatorio, me respondieron, que de aquellas penas había salido luego que fueron a prima noche, pero que el detenerla sin ver luego la cara de Dios por aquellas horas, también era pena del común olvido y descuido que tenemos los mortales, en no desear con ardientes afectos ver y gozar de Dios; pero que allí acababa ya de satisfacer este descuido, y de allí subiría a la bienaventuranza, donde sería intercesora por el Rey y Reino de España, y me daría, si Dios se lo concedía, otros avisos importantes para esto. Yo di gracias por todo al Señor, y conocí que aquella dichosa alma era ya glorificada. Y los ángeles la llevaron al eterno descanso, que gozará mientras Dios fuere Dios*²³.

b) EL ALMA DEL PRÍNCIPE

Por espacio de un mes, que precedió a la muerte del príncipe, tuve conocimiento de que amenazaba a estos reinos y monarquía un nuevo azote y castigo muy sensible para todos los vasallos. Se me manifestaba el Señor de ordinario muy airado contra nosotros y como vencido de su misma justicia para ejecutarla después de tanta espera como ha tenido, aguardando que con los castigos y avisos que ha dado a estos reinos, se enmendasen las culpas que provocaban su indignación y se aplacase el justo enojo que le tenemos merecido. El seis de octubre le vino al príncipe nuestro Señor la enfermedad en Zaragoza, pero como no se declaró más por entonces y la edad de Su Alteza era tan poca y su salud tan segura y robusta, no pude imaginar que la mano de Dios tocaría en ella, porque en aquella ocasión discurría según las causas naturales y como quien ignoraba los secretos juicios del muy Alto. Por estas razones, el cuidado y pena me inclinó a temer la salud del rey nuestro Señor, recelándome si aquel trabajo tocaría en ella.

*El ocho de octubre llegó aviso de Su Majestad en que hablaba de la enfermedad de Su Alteza y el rigor con que le había entrado, privándole del juicio y otros accidentes, que manifestaban su malicia*²⁴.

El día que llegó a Zaragoza murió el príncipe a las 8 p.m. Y en tan duro azote y castigo, como en mi consideración ponderaba había sido este, no tuve otro alivio y consuelo sino postrarme ante el acatamiento divino, y adorarle por

²³ Ib. pp. 268-269.

²⁴ Ib. 271.

sus secretos juicios, y confesarle por justo y santo en sus obras. Y para consolarme el Altísimo en mi desmedido dolor, me manifestó que el Príncipe se había salvado, y conseguido la felicidad eterna, aunque para gozarle era menester ayudarle mucho, porque tenía grandes penas en el purgatorio. Y conocí que por las oraciones generales y particulares que por Su Alteza se hacían, había usado el Todopoderoso de misericordia y piedad dándole dolor de sus culpas.

La semana siguiente, a siete o a ocho días después de la muerte de Su Alteza, estando en el coro en la oración de la comunidad, se me apareció aquella feliz alma un día tras de otro, y me dijo: “Sor María, el ángel santo de mi guarda que es el que me ha consolado desde que se apartó mi alma del cuerpo, me ha declarado cómo ayudaste a mi madre, la reina, en el purgatorio; y me ha encaminado por voluntad divina y traído a tu presencia para que te pida tus oraciones y las de las religiosas, y que me socorras como a mi madre, por las graves penas que padezco; pues todos teníamos devoción en tu convento y confianza de que nos ayudarías a la salvación de nuestras almas”. Le respondí que haría todo cuanto pudiese con la divina gracia: y así lo cumplí, porque he trabajado por el descanso de esta alma cuanto mis pobres fuerzas han alcanzado por todos caminos.

El ángel que le acompañaba era de superior jerarquía, de hermoso y admirable semblante: me dio a entender que tendría otros aparecimientos de esta alma para particulares fines de la voluntad divina. Desde aquel día fueron continuándose las noticias e inteligencias del alma del Príncipe, y el estado que tenía. Muchas veces conocía que estaba con su ángel donde yo asistía, que era en el coro y en la tribuna y en todas estas ocasiones, así el alma como el ángel me encargaban y pedían rogase por su descanso, y que atendiese a todo lo que me diría; porque así convenía para gloria de Dios y bien de la monarquía. Estas visiones no eran imaginarias ni sensibles sino por sola inteligencia, aunque conocía la presencia del ángel y del alma, los oía y respondía.

Otro día, que fue viernes, a veinte y seis de octubre, el obispo de Tarazona hizo las honras por el alma del Príncipe en este convento nuestro con la solemnidad posible. Asistiendo a los divinos oficios, y en esta ocasión al tiempo de la misa de pontifical se me apareció el alma de Su Alteza en la forma humana que tenía, pero con las penas del purgatorio que padecía. Le vi en la iglesia, junto a la ventana de la tribuna acompañado de su ángel, y me dijo: “Madre, el Altísimo quiere que de la boca del párvulo oigas la verdadera sabiduría y prudencia. Cuando yo vivía en carne mortal estaba ignorante de esta ciencia divina, porque la corrupción y materia del cuerpo causa en las almas oscuras tinieblas, pero luego que me desnudé de la pesada mortalidad, entré y pasé a otra nueva luz que antes no conocía; y también me la da mi ángel de muchas

cosas que te diré. Y de aquí entenderás la razón por qué las almas que viven según la carne son tan ignorantes y torpes para entender la verdadera ciencia del Señor, como incapaces de recibirla. Y de esta insipiente e ignorancia se originan tantos errores y desconciertos entre los mortales. Y aquellos solos que vencen y mortifican sus pasiones y espiritualizan su carne son los verdaderamente sabios, prudentes y los que llegan a alcanzar la ciencia divina en el grado que se alejan del engaño de las pasiones y corrupción de la carne. Te aseguro, Madre, que después de haber entrado en esta sabiduría, si me concediera el Altísimo y omnipotente Dios volver al mundo y reinar en él, aunque fuera para salvarme después, por mi voluntad no admitiera este partido, ni volviera a la vida que he dejado por los engaños y errores que de ella conozco. De mi pobre padre tomo gran compasión, conociendo que vive rodeado de tantas falacias, mentiras, dolos, traiciones y malas correspondencias de los que le habían de ayudar. Quisiera darle luz de esto y que participara de la que yo tengo y de la verdad que veo, y a él le ocultan porque conociera los peligros en que vive”²⁵.

Un día a las tres poco más o menos vi el alma del príncipe cómo salía del purgatorio y era vestida de gloria y me habló en presencia del Señor para que dijese al rey su padre todo lo que se me manifestaba y mandaba... y entendí cómo el Señor mandaba al ángel de la guarda del príncipe y a otros con él que bajasen al purgatorio y sacasen de él aquella dichosa alma para ser beatificada. Obedecieron los santos ángeles y en un brevísimo espacio presentaron el alma ante el Señor. Y con la misma brevedad fue purificada, adornada, iluminada y vestida de admirables dones. Y en un instante se le comunicó la visión beatífica y quedó más hermosa y refulgente que muchos soles juntos²⁶. El alma del príncipe estuvo en el purgatorio 83 días, que hay desde el nueve de octubre de 1646 hasta el primero de enero de 1647.

MUERTO RESUCITADO

Tomamos este suceso de la declaración jurada que en el proceso apostólico de sor María de Jesús de Ágreda hizo el padre Arriola: Llevaron al convento de la sierva de Dios un arca grande sin noticia del convento ni de sor María, ni de ninguna otra religiosa y pidieron al sacristán menor que les abriese la puerta de la iglesia para poner en custodia aquel arca; sin decir lo que estaba dentro de ella, sino dando a entender las dos personas que la llevaban en una galería o carro, que era mercadería; y para tenerla segura por los peligros de los guardas de la aduana, la ponían como en custodia, por el respeto que sabían

²⁵ Ib. pp. 272-274.

²⁶ Ib. p. 277.

guardaban con toda veneración al convento de la M. María, así los ministros inferiores como los administradores del puerto.

Quedó en efecto el arca dentro de la iglesia. Fue la sierva de Dios a su frecuente oración de quietud, y oyó unos gemidos tristes y profundos lamentos, que espantaron y quebrantaron el corazón de la sierva de Dios: y le parecieron suspiros de necesidad sin remedio, según fueron horribles y funestos. Atenta hacia el lugar de donde salían, le pareció a la sierva de Dios que los despedía la boca de algún sepulcro, y comenzó a llorar y a abrazarse de la cruz, de su invencible pena. Y llamando a Dios tiernamente, y suspirando humilde y fervorosa, arrojándose como mariposa a las llamas se arrojó a las del amor de su Dios; y le fue revelado, después de muchos ruegos, que aquellos lamentables suspiros eran de un alma que acabó impenitente la mortal vida, y que su cuerpo estaba en el arca que habían puesto en la iglesia, y la llevaban en secreto.

Imponderable es el dolor que sufrió el corazón de la sierva de Dios, según al declarante le significó con toda exageración el P. Francisco Coronel. Y en suma consiguió la misericordia divina, después de mucho llanto y sacrificio repetido con grandes actos de fe del infinito tesoro de la sangre del Redentor de la vida; e inclinando Dios, y dejándose vencer de su misericordia su omnipotencia infinita a los ruegos de esta sierva de Dios, su divina justicia le concedió nueva vida para breve tiempo y espacio, para volver a ella y hacer confesión de sus culpas, para aplacar el justo enojo de su paciencia ofendida. Y para ello le dijo el mismo Dios a su sierva, que con toda prudencia y brevedad dispusiese llamar a un confesor de su mayor satisfacción, y que le oyese de confesión al miserable feliz en quien resplandeció la mayor misericordia.

Salió de la tribuna; y con todo recato y por sí misma, sin decir para qué, sino para una grave necesidad, mandó llamar al P. Francisco Coronel por ser persona docta y virtuosa, y de la satisfacción mayor de la sierva de Dios para el secreto, y también para atajar el aplauso de persona extraña; porque el P. Coronel era hermano de la M. Sor María de Jesús y muy de su cariño.

Llegó el dicho Padre asustado y muy afligido por ser tan a deshora el llamamiento, y temiendo no fuese la causa algún trabajo en daño de aquella tan santa comunidad o pesadumbre intolerable de su querida hermana. Así llegó y le dijo pasase al torno de la sacristía. Y en llegando a él, le dijo todo el suceso referido; y como sabía la sierva de Dios que el dicho Padre hermano suyo, aunque dotado de tantas prendas, era de corazón pusilánime y de cobarde ánimo, rogó a Dios antecedentemente por él, para que le confortase y animase. Y consiguió de Dios este beneficio; porque al declarante le dijo, que si el horror que le asombró toda su alma después de haber salido de la iglesia para volver a

su celda, le hubiera antecedido, le parecía que antes se hubiera muerto él, que hubiera llegado al muerto.

*Puso en ejecución la obediencia de Dios; y se llegó adonde estaba el arca, de la cual se levantó el difunto. Y después de haber hecho humildísima postración, y adoración al Santísimo Sacramento del altar, y haber estado un breve rato en cruz, vino a los pies del confesor; e hizo una confesión dolorosa y tan verdadera, como la que se examinó en la región de los muertos, a la luz penetrante del supremo juez. Le dio la absolución, y no se acuerda el testigo de la penitencia, si le dijo el P. confesor que la había cumplido en sus mismos pies; pero sabe que le dijo, que muy inmediatamente se volvió al arca, con imponderables demostraciones de rendimiento y agradecimiento*²⁷.

SOR JUANA Y LA RESUCITADA

Una señora fue en romería a la iglesia, porque tenía una hijita muy enferma del corazón y le dio a deshora un mal y murió la niña. Sus padres derramaban muchas lágrimas. Fueron al locutorio y le rogaban a sor Juana que la metiese en el monasterio y la santiguase. La santiguó a la niña, oró Dios por ella, le puso encima una imagen del santo Crucifijo que traía siempre consigo en memoria de la Pasión y crucifixión de Jesús y empezó la niña a volver en sí y a dar señales de vida. Este milagro de la resurrección de la niña fue muy sonado, pues fue visto por más de 80 personas, primero muerta y luego la vieron viva y sana²⁸.

M. LUISA Y LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Nos dice la M. Luisa: *En algunas fiestas, cuando va a comulgar, ve a santa Clara y a nuestro Padre san Francisco y, desde hace dos años, el Señor le hace merced de sacar almas del purgatorio. Un día salieron 450 y otro día salieron cuatro y, diciéndole el confesor que había sido corta en pedir, se volvió a Dios por la tarde y le concedió 150; y dice que esto de las almas no lo ha dicho a nadie, sino solo a su confesor. Muchas veces oye a las almas del purgatorio que se encomiendan a sus oraciones y que por su oración salen del purgatorio y pasan por delante de ella y le dan las gracias y las ve ir al cielo*²⁹.

²⁷ Ib. pp. 290-291.

²⁸ Vida, pp. 137-138.

²⁹ Barriúso, o.c., p. 268.

Ella con sus oraciones y sacrificios sacaba muchas almas del purgatorio. Con frecuencia se le presentaban para pedirle oraciones y se sentía feliz cuando las veía resplandecientes de gloria y venían a darle las gracias.

SOR JUANA Y LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Todos los santos sin excepción han tenido mucha compasión por las almas benditas y han orado mucho por ellas. Un día, siendo sacristana, fue a tocar la campana para maitines y oyó unos gritos espantosos como de personas. Maravillada, preguntó a su ángel y éste le dijo que eran los gritos de un alma necesitada que, con licencia de Dios, quería que la encomendara. Era el alma de una gran señora del reino de Castilla que hacía pocos días era difunta y padecía muy grandes penas y le dijo: *Te ruego por amor de Dios que tengas compasión de mí y escribas a tal ciudad de este reino a tal Señora, que es mi madre, yo soy su hija y dile que te aparecí y estoy en grandes penas y necesito que me haga tales y tales bienes.* Y con esta ánima de esta señora venía otra ánima de su hermano, que en este mundo había sido un gran caballero y había tenido cargos altos y también vicios, por lo cual padecía en el otro mundo y él también le habló a sor Juana para que lo ayudase.

Su ángel a veces la llevaba al purgatorio a visitar las almas y llevarles consuelo, en especial los lunes, y le mostraba los lugares más feos y espantosos: Un día me fueron mostradas almas atormentadas en el purgatorio. Algunas llevaban 500 años y otras 300 y otras menos. Y todas estaban tan solas que no había quien se acordase de ellas para hacerles bien. Y viéndolas cuando salían e iban a la gloria, sentía un alegría tan grande y un gozo espiritual tan fuerte que no lo puede comparar con nada ³⁰.

VIVIR SIN COMER

M. Luisa nos dice: *Es verdad que hará 21 años para el día de santa Catalina virgen y mártir que el estómago no me consiente ningún género de comida de carne, ni de pescado, ni otro ningún manjar y que si alguna vez, por cumplimiento o por mandárselo su abadesa, comía alguna cosa, lo devolvía, no pudiendo sufrirlo el estómago y en todo este tiempo regularmente no ha comido cada día, ni se sienta en el refectorio a la hora de comer en la comunidad con las otras monjas y que si alguna vez ha excedido esta cantidad, será cuando mucho, tanto como una avellana y que, en algunas ocasiones como en las Pascuas principales, está tan divertida en el refectorio que no sabe si ha comido*

³⁰ Vida, p. 250.

o no hasta que, mirando el pan, echa de ver que le deja como se lo pusieron y así echa de ver que no ha comido. Y un día ofrecieronle las compañeras de la sacristía que comiese un pedazo de pan poco menos que un cuarterón y, sin advertir lo que hacía con el mucho gozo y contento que le comunicaba el Señor, se lo comió. Otro día de una Semana Santa le sucedió que, andando con la compañera de la sacristía trabajando para el monumento y mandando la Madre Abadesa que la compañera no ayunase a pan y agua por estar indispuesta y que la dicha Madre Luisa, así por habérselo mandado la obediencia como por condescender con los ruegos de la compañera, deseando desabrir la comida y volverla amarga, echó un poco de aceite en un jarrillo con pez y lo puso a la lumbre para que se derritiera juntamente con la pez y, habiéndose derretido y mezclado la pez y el aceite, se sentó a la mesa y tomó un poco de pescado y echó sobre ello el aceite y la pez, todo junto, y con esta salsa, que era amarguísima, comió un poco de pescado en cantidad como hasta una onza sin mezclar con ello pan ni otra cosa alguna e, intentando la compañera comer lo que había dejado en el plato y comiendo un bocado de él, no solo le amargó la boca sino que le revolvió el estómago, de suerte que le hizo echar todo cuando tenía en él y lo dejó con grandísimo dolor ³¹.

COMIDA CELESTIAL

Cuando la Madre Luisa está sentada a la mesa con las otras monjas le hace nuestro Señor una grande misericordia de enviarle con el ángel de la guarda un bocado celestial del cual no sabe decir qué sea, sino que en su hechura, color y tamaño, es como una camuesa que le parte el ángel y se la va dando a bocados y ella lo come con tan grande suavidad y dulzor que no sabrá decir ni el sabor que tienen. Le parece que sabe a todas las cosas sin saber a ninguna en particular y, así que va comiendo, siente en sí misma tan grande espíritu y aliento como si hubiera comido todos los manjares y regalos del mundo, de manera que no hay cosa dificultosa de fuerzas a que no se atreviera según queda confortada con este bocado.

Sus padres espirituales le han aconsejado que, cuando le traigan ese bocado, haga sobre él la señal de la cruz y diga *Jesús* con la boca. Y el ángel, cuando le trae esta comida, tiene en la mano una toalla y en ella el dulcísimo nombre de Jesús escrito con tan grandes resplandores que, de cada letra, parece que sale un rayo de luz que causa particular consuelo y satisfacción en el alma de dicha Madre Luisa; y que el mismo ángel siempre que le parte la comida dice el nombre de Jesús y hace sobre ella la señal de la cruz por haberle pedido la dicha

³¹ Ib. pp. 185-186.

Madre que lo haga siempre, para que ella pueda satisfacer a sus padres espirituales.

Preguntada en qué forma ve al ángel de su guarda cuando le trae esa comida, dijo que siempre lo ve en forma humana como de un hermosísimo mancebo y con ser así le parece que aquella santa figura no es corporal, porque es muy sutil, muy clara y resplandeciente y trae alas y una cruz sobre la cabeza y, además de esto, siempre que le trae aquel manjar, saluda en nombre de nuestro Señor, haciendo sobre ello la señal de la cruz y nombrando el dulcísimo nombre de Jesús y, luego que viene, besa la cruz que la Madre Luisa trae consigo en las manos y lo mismo a la despedida ³².

SIN DORMIR

Sobre las horas que duerme sor Juana de la Cruz dijo que entre día y noche desde hace 24 años solo duerme un cuarto de hora poco más o menos, y lo más ordinario es que antes menos que más, y que muchas veces no duerme, aunque siempre lo procura por habérselo mandado sus confesores y padres espirituales; y no pudiendo tomar el sueño, se levanta. Y lo más ordinario es echarse sobre una tabla que tiene en la celda y, otras veces, arrimándose a la pared o sentándose en el suelo, donde le viene la necesidad o ganas de dormir. Al principio de estos 24 años fue con mucho trabajo y dolores de los ojos, que untaba con aceite de la lámpara para no dormirse, hasta que suplicando al Señor le diese su gracia y ayuda para vencer el sueño para poder más de veras ejercitarse en la oración, en la soledad y quietud de la noche, se le apareció su ángel y le hizo la señal de la cruz sobre los ojos y lo mismo nuestro glorioso Padre san Francisco y la bendita Madre santa Clara, san Antonio, santa Catalina, virgen y mártir, y las once mil vírgenes y quedó sana de los ojos y con tan poco sueño como al presente sin que la falta de sueño le haya sido estorbo para la vista ni para la cabeza ni para otra ninguna cosa ³³.

AYUNOS DE SOR JUANA

Sus ayunos eran muy frecuentes y muchos días solo tomaba pan y agua y, cuando comía, lo hacía solo una vez al día y no todo lo que humanamente debía comer para sustentar su vida. A veces estaba dos o tres días sin comer ni beber nada y esto lo hacía de ordinario y muy en secreto.

³² Ib. pp. 187-188.

³³ Ib. p. 189.

Siendo la cocinera, procuraba que los alimentos estuvieran bien gustosos como si fueran a comer de ellos Jesús, la Virgen María y los ángeles y santos. Un día tuvo un percance, llevaba un barreño con carne para lavarlo y se tropezó con una piedra y se cayó y quebró el barreño en dos o tres partes y vertió lo que en él llevaba. Una hermana lo vio y le llamó la atención. Ella cogió los pedazos del barreño y los juntó alzando los ojos al cielo en oración y después pudieron ver las hermanas al barreño en perfecto estado y pudo hacer su servicio varios años más.

M. MARÍA DE JESÚS Y LOS ÁNGELES

Se lee en el proceso apostólico que Dios favoreció a su sierva con darle fuera del ángel de su guarda otros cinco que la asistían muchas veces y la ilustraban con excelentes doctrinas; la trataban como amiga y compañera suya. Las hablas y coloquios que tenía su alma con estos príncipes eran casi continuas y lo más ordinario en el coro, cuando estaba en la tribuna y sola.

Y algunas veces las tenía estando con criaturas, porque en su interior siempre estaba atenta y mirando al Señor, aun cuando trataba con ellos. Se le aparecían muchas veces estos ángeles en visión imaginaria con tanta belleza y hermosura y con tantos rayos de resplandores de luz, que si Dios no la confortara, no pudiera su alma ni fuera capaz de sufrir ni de ver tanta belleza. En las pláticas y coloquios que la dicha Madre tenía con los ángeles, se encendía ardientemente su espíritu en dar culto, reverencia y alabanza a Dios; y en una ocasión, alternando con los mismos ángeles, compuso con ellos un cántico a la manera del *Te Deum laudamus* ³⁴.

Y ella misma dice: *También vi a dos santas hermosísimas y bellísimas y me mostraron que eran santa Úrsula y santa Inés, dos santas que yo quiero mucho. Les dijo el Señor: “Esposas mías, a mi amada María os entrego para que la cuidéis, la consoléis, acompañéis y la ayudéis en sus trabajos para que me sea fiel esposa”. Estas y otras cosas entendí que decía el Señor y le di gracias al Señor y luego se las di a las dos santas, de las cuales siento la presencia continua y grande ayuda, favor y consuelo para mi alma. Me suelo ver, cuando me pongo en oración con los seis príncipes (ángeles) rodeada, y con estas dos santas gloriosas a mi lado; y cuando estoy sola, siento esta compañía que me es motivo de alabanzas al Altísimo y estos santos ángeles y vírgenes me ayudan a dárselas. Sea bendito y alabado el Señor* ³⁵.

³⁴ Eduardo Royo, pp. 121-122.

³⁵ Ib. p. 122.

Y ella dice: *Un día vi a muchos ángeles hermosísimos intelectualmente y después en visión imaginaria. Me dijeron: Nosotros somos los seis ángeles que te asistimos, el de tu oficio de prelada, el de la guarda del reino y el del rey de España. Y te queremos advertir que ese beneficio no es para ti sola, sino para el bien del pueblo de Dios y para que trabajes por él* ³⁶.

Un día me salió al encuentro un hermosísimo ángel y me dijo que era el de mi guarda..., me despedí de todos como si muriera y penetré con el ángel en los cielos. Llegada al trono divino, me postré ante el ser de Dios, donde vi al Altísimo, a Cristo nuestro Señor y a su santísima Madre ³⁷.

Otro día se le presentó un serafín y le dijo: *Yo te daré lecciones de cómo te has de abstraer de las voluntades y atención de las criaturas, y entregarte al dulce ejercicio del amor del Altísimo. Grande doctrina tuve de este santo ángel para el amor, declarándome las perfecciones divinas y atributos con grande elegancia y que para rendir y conquistar una voluntad a que ame no hay motivo más eficaz y fuerte que conocer que es muy amada, porque es incentivo del amor otro amor y solicitud de la voluntad otra voluntad* ³⁸.

Nos dice: *Un día se me apareció por mandato de Dios mucha multitud de ángeles de todos los coros y jerarquías, hermosísimos y con distinción de cada jerarquía, y me dijeron: “El Altísimo manda y dispone que seas nuestra compañera, que tu trato y conversación sea con nosotros y te has de asimilar a nuestra naturaleza, imitándonos en lo que hacemos. A todos los coros y jerarquías has de imitar, mirando nuestros oficios, a unos en el amor fervoroso, a otros en la ciencia que recibimos, inmediata a la vista beatífica. Así tú la ciencia infusa que recibes la has de comunicar a tus prójimos y de esta manera has de hacer los oficios que hacemos todos y el de los ángeles, que es la inferior jerarquía”* ³⁹.

Los ángeles custodios me dijeron que, estando en peligro de pecar el alma, iban y se postraban ante el trono de Dios, pidiendo al Altísimo la guardase y librase. Y que se valían de la intercesión de la reina del cielo y de los santos que tienen las almas por devotos. Y si alguna criatura hay que se acuerde de que tiene ángel de la guarda (que son muy pocas) y nos piden que roguemos por ellas, vamos más gustosos y contentos, porque concurriendo su voluntad con la nuestra es más eficaz la petición y auxilio que por ella envía Dios ⁴⁰.

³⁶ Ib. p. 149.

³⁷ Ib. p. 174.

³⁸ Ib. p. 211.

³⁹ Ib. p. 243.

⁴⁰ Ib. p. 282.

También Dios le dio uno de los ángeles de la custodia de la Virgen María y él le dijo: *Yo soy un ángel de los mil de la guarda de la reina del cielo y, como ella se ha constituido por tu maestra y prelada, quiere tu mayor perfección y enseñanza. Y como a su magnificencia no es conveniente que siempre venga a aconsejarte, me ha mandado y destinado a mí para que en todas tus acciones, aun en las menores, te advierta, en los peligros te detenga y en todo te encamine. Tú has deseado quien frecuentemente te advierta tu debilidad y despierte tus descuidos y también tienes ansias de hacer la voluntad de tu prelada y maestra en todo. Pues, si quieres tener atención de obediencia en las cosas mayores y menores, te advertiré lo más perfecto y santo, que eso es lo que es voluntad de la reina y la suya es de Dios*⁴¹.

M. LUISA Y LOS ÁNGELES

Tenía mucha devoción a su ángel custodio y lo veía todos los días cuando le traía el alimento celestial que le daba fuerzas y energías para vivir sin comer. Esto sucedió continuamente durante al menos 21 años. También frecuentemente veía a otros ángeles que acompañaban a la Virgen. Sus santos predilectos: S. Francisco, santa Clara y S. Antonio de Padua la visitaban con frecuencia.

SOR JUANA Y LOS ÁNGELES

Desde que vio por primera vez a su ángel custodio a los cuatro años en su primer rapto o éxtasis, veía a su ángel custodio a su lado permanentemente. Supo su nombre, porque la Virgen María le dijo que se llamaba *Laurel Áureo*, otros autores dicen que su nombre era *Laruel Áureo*. Lo cierto es que siempre le ayudaba, cuando realizaba sus trabajos en la cocina, sacristía, portería o enfermería. Su ángel era su amigo inseparable. Después de ser maltratada por los demonios venía a consolarla y a decirle que Jesús lo había permitido por su bien y para la salvación de las almas. Cuando necesitaba algún consejo para quienes se lo pedían, ahí estaba su ángel que le decía lo que tenía que comunicar, incluso en cuestiones de Estado. Su ángel la llevaba en bilocación a otros lugares y con frecuencia la llevaba al purgatorio a consolar a las personas que allí sufrían.

Es hermoso estudiar en su vida su relación con su ángel y con otros santos y ángeles e incluso con la Virgen María y Jesús. Su vida podemos decir fue una vida sobrenatural más que terrenal. Jesús le entregó sus llagas para que pudiera ofrecer sus dolores por la salvación de los pecadores. La Virgen María se le aparecía rodeada de ángeles. Su ángel le daba a conocer el interior de las

⁴¹ Ib. p. 127.

personas y le manifestaba cosas ocultas que ella no podía saber humanamente. Podemos decir que su ángel era su amigo inseparable, que siempre estaba dispuesto a servirla y ayudarla en sus necesidades, incluso para que pudiera ayudar a otras personas a sanarse. Él presentaba sus oraciones ante Dios como cuando su ángel llevó los rosarios que le dieron sus religiosas se los dio a Jesús, quien personalmente los bendijo. Y con las cuentas de esos rosarios Dios hizo muchos milagros estando ella en vida y después de su muerte.

BILOCACIONES DE LA M. LUISA

Emprendióse fuego en el convento de clarisas de Palencia en una ocasión y tan voraz que todos pensaron redujera a pavesas a todo él. Conmovióse la ciudad a socorrer tanto daño y, cuando pensaron no tener remedio, vieron en medio de las llamas a una religiosa de Santa Clara que con las mangas del hábito, dividiendo las llamas, intentaba apagar el incendio. Admiráronse de la temeridad que parecía ser y dieron voces para que la quitasen de tal peligro, pero las desengañó luego la evidencia del milagro; pues, con lo que hacía, apagó todo el incendio de que quedaron nuevamente admirados y deseosos de saber qué religiosa era la que manifestó tener tan valerosos alientos. Averiguóse no ser ninguna de las de Santa Clara de Palencia y se tuvo por cierto que lo ejecutado en beneficio de este convento había sido efecto de su valedera la M. Luisa de Carrión, quien pocos días antes había escrito a la abadesa del referido convento que tuviese ánimo para el caso que la había de suceder y que no temiese, porque saldría bien de él.

Se dice que estuvo en Roma en donde quebró un vaso con veneno, criminalmente preparado para el Papa; en Asís, visitando el sepulcro de San Francisco; en el Japón, confortando al mártir franciscano fray Juan de Santa María; en los ejércitos cristianos, que luchaban contra los herejes e infieles; en la flota española que venía de América y se veía en peligro de ser apresada por otra flota pirata. Sobre lo sucedido en Flandes hay una relación del P. Sebastián Baca enviada a S. Francisco de Borja el 7 de junio de 1631. Dice así:

Salió el holandés contra Brujas, plaga de Flandes con cuarenta y ocho mil hombres, cien piezas de artillería y tantas y tales invenciones de fuego que parece que el demonio las había inventado según lo escribe la Sra. Infanta Doña Isabel. Supo su Alteza por sus espías los designios del enemigo, dio cuenta de todo a su consejo de Guerra para ver el modo mejor que se pudiese tomar para la defensa el cual vio el peligro grande en que se hallaba, porque perdido Brujas, que es plaza fuerte, con facilidad se perdiera todo lo demás de Flandes.

Y su Alteza no sólo se contentó de decir a su consejo de Guerra lo que había, sino que también lo comunicó con el P. Fr. Pedro de Castro, su confesor, y que lo ha sido de la Madre Luisa, para que lo encomendase a Dios, el cual parece que, inspirado de su divina Majestad, pidió licencia a su Alteza para ir en persona. Al fin, después de diversas réplicas, habiendo obtenido licencia de su Alteza, se partió para los alojamientos de los soldados y hallándoles no muy alentados, les exhortó a que aquella jornada se hiciese en nombre de la Madre Luisa de la Ascensión, y díjoles tan eficaces razones que, alentados, tuvieron gran confianza del buen suceso, y marchando dos mil mosqueteros y ochocientos caballos, que el conde de Salazar llevaba para escaramuzar con el enemigo mientras llegaba el golpe de nuestro ejército. Llegaba la mañana del día octavo de la Ascensión en el rapto que en aquel día después de comulgar tuvo la Madre Luisa, quedó muy triste y aún me acuerdo que me dijo que le daban mucho cuidado las cosas de Flandes. Dijo : “¿No queréis que esté triste, viendo el peligro de Flandes y de toda la cristiandad y de la señora Infanta que defiende nuestra fe y a quien yo debo tanto?. Yo de buena gana muriera en defensa de la fe”.

Dicho esto, su ángel de la guarda la puso en Flandes delante de los dos mil mosqueteros y ochocientos caballos, delante de los cuales iba el P. Fr. Pedro de Castro, confesor de su Alteza, con un Cristo en la mano derecha persuadiendo a los soldados a que llamasen en aquella ocasión a nuestra Madre y ellos con grandes voces y fe la llamaron en su socorro y luego en el aire apareció nuestro P. Francisco que, sin él no pudiera su hija hacer esta hazaña. Llevaba nuestro seráfico padre un estandarte real y a sus dos lados a San Buenaventura y a San Antonio de Padua.

Los rebeldes lo vieron y volvieron las espaldas y se volvieron a embarcar, habiéndoles degollado los nuestros más de 1.500 de los suyos ⁴².

De la presencia de la M. Luisa en la habitación de Felipe III, agonizante, afirmó al P. Daza confidente de la M. Luisa, de la que escribió los hechos resonantes de su vida. Dice que, obligada por la obediencia que le impuso el Ministro General de la Orden franciscana, P. Benigno da Génova, puesta de rodillas en su presencia, le dijo:

“Verdad es P. Rmo., que en el discurso de la enfermedad de nuestro hermano el Rey, ordenándolo así mi dulcísimo Jesús, me llevó el ángel de la guarda tres veces al aposento donde estaba enfermo, y le consolé y animé contra los demonios, que le hacían grande guerra y le tenían en punto de desesperar, particularmente la postrera vez, que fue la tarde antes de su muerte..., rogaba a

⁴² Barriúso, o.c., pp. 95-96.

mi dulcísimo Jesús, no permitiese su Divina Majestad se condenase un rey tan cristiano y defensor de la Inmaculada Concepción de su Sma. Madre... Volviéndome yo al Rey le dije que confiase en la misericordia de Dios y se encomendase a la Purísima Concepción de mi Señora la Reina de los ángeles, a N.P.S. Francisco, de quien siempre había sido muy devoto y que tomase su santo hábito, que en aquella ocasión le valdría mucho y fue mi dulcísimo Jesús servido, que al punto pedía el hábito de la Tercera Orden con mucha devoción, y se lo dio V. Rma., que estaba allí en aquella ocasión”.

Sigue refiriendo algunos detalles más acerca de muerte del Rey y concluye: *“Y esta es la verdad, Padre nuestro Rmo., acerca de lo que manda decir, a quien humildemente suplico, no descubra esto a ninguna persona, a lo menos hasta que esté muerta. Fechado en este convento de Carrión el trece de Junio de mil seiscientos veinte y un años. Soror Luisa de la Ascensión, esclava de mi dulcísimo Jesús”*⁴³.

BILOCACIONES DE SOR JUANA

En muchas ocasiones sentía y veía las cosas que pasaban y se hacían muy lejos y para verlas no le estorbaban las cosas o edificios intermedios. ¿Veía las cosas a distancia como en televisión o iba en bilocación a esos lugares y los veía de cerca? Lo cierto es que, cuando en la misa tocaban la campanilla en la elevación de la hostia y del cáliz, ella veía lo que sucedía en el altar sin que las paredes intermedias se lo impidieran.

Un día enfermó una gran señora en el palacio del emperador. Se llamaba Ana Manrique, que tenía a sor Juana como madre espiritual y se comunicaba con ella por carta. Estando muy enferma, le mandó decir cuán mala estaba. Estaba desahuciada y recibió la santa unción. Una noche vio a sor Juana que pasó por la delantera de su cama con su hábito, escapulario y toca, y la tomó por las espaldas y le apretó en el lado donde tenía mucho dolor y se le calmó. Doña Ana les dijo a todos: *¿Habéis visto a mi madre Juana de la Cruz? La he sentido y me ha tocado por las espaldas y súbitamente me ha quitado el dolor y me sanó.*

Las religiosas le preguntaron a sor Juana cómo había sido y respondió: *No penséis que salió de mí esta caridad de ir a ver a esa señora, sino de mi santo ángel que me dijo: “Bien será que la vayamos a ver, pues es tan devota y está tan en extrema necesidad”. Estaba anocheciendo, cuando fuimos y en su habitación tenían velas encendidas y me mandó mi ángel que la santiguase en el*

⁴³ Patrocinio García, Barriúso, *Sor Luisa de la Ascensión*, Madrid, 1993, pp. 34-35.

nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y él también la santiguó. Y ella sanó, porque él la santiguó.

Mi ángel, ya que veníamos de ver a esa señora, mostróme en la misma villa de Madrid un hombre que estaba expirando. Y en acabado de expirar, vi cómo vinieron los clérigos con la santa cruz y entraron en la casa del difunto a encomendarle. Yo pregunté a mi santo ángel quién era. Me dijo: “Persona es que mucho te pesará”. No me dijo más, pero cuando volví en mis sentidos conocí que era nuestro devoto Gonzalo de Durango. Por eso os dije entonces que era difunto ⁴⁴.

M. LUISA. CONVERSIÓN DE UN MORO

Un día fue a visitarla el duque de Maqueda y le pidió encomendase a Dios un moro que tenía a su servicio a quien no había sido posible convertir a nuestra santa fe por muchas diligencias que habían hecho con él. La santa Madre dijo al duque que lo trajesen y, haciéndolo así, lo cogió por la mano y el moro comenzó a dar muchos gritos, como si mil gigantes le apretaran la mano y, largándole la M. Luisa, le dejó estampada en la mano una cruz y luego comenzó el moro a pedir el bautismo, con que quedaron todos muy devotos y aficionados a nuestra Madre Luisa ⁴⁵.

M. MARÍA. CONVERSIÓN DE UN MORO

Un caballero que residía en Ágreda con el cargo de gobernador de las armas y que trataba a las religiosas de la Purísima Concepción, acababa de recibir carta de un amigo de Madrid, para que hiciera traer de Pamplona un moro que se le había huido, y que según noticias, estaba preso en el castillo de aquella ciudad. Antes de marchar este señor, daba cuenta a las religiosas del objeto del viaje leyéndoles de la carta lo siguiente: “V. le traiga con cuidado, que es un grandísimo perro y se le irá, pues lo ha intentado muchísimas veces”. Sor María que escuchaba estas palabras, no pudo ocultar la pena que le causaba oír tratar como a perro a una criatura hecha a imagen y semejanza de Dios; y pidió al caballero que le trajera el esclavo por Ágreda antes de llevarlo a Madrid. Llegó a Pamplona este señor, y al disponerse a conducir con toda cautela al famoso moro, le manifiesta este, cómo ya catequizado por una religiosa que visiblemente había estado con él dos veces en el castillo y postrada de rodillas le había rogado que se hiciese cristiano instruyéndole en los

⁴⁴ Párroco, p. 212.

⁴⁵ Ib. pp. 332.

misterios de la fe, se había determinado a recibir el bautismo en la parroquia de Nuestra Señora de los Milagros de la villa de Ágreda y tomar el nombre de Francisco como la religiosa le había prescrito. Y lleno de gozo el señor gobernador se presenta con el moro en dicha villa. Señalan el día del bautismo, y acompañado de las personas más distinguidas de la población y de casi todos los vecinos, entra el moro en la precitada parroquia, y en ella con edificación y contento de los presentes, es bautizado solemnemente.

Presuponiendo como cierto el encargado del moro por la declaración que este había hecho, que la monja que se le había aparecido, convirtiéndolo a la fe, había sido Sor María de Jesús, suplicó a los Superiores del monasterio se dignasen comprobar del modo más conveniente el suceso; y al efecto, presentes en el convento de la Concepción los padres Fr. Juan Bautista del Campo, guardián de San Julián de esta Villa, Fr. Antonio Vicente y Fr. Juan Ruiz, Vicario y Procurador de las religiosas respectivamente, el mencionado caballero, el notario D. Lucas Pérez Planillo y varios otros señores y señoras, que, atraídos por la fama del prodigio, allí habían acudido, pusieron al moro junto a la puerta reglar, para que, al pasar cerca de ella tres religiosas con el velo levantado, dijera cuál le había visitado e instruido en el castillo de Pamplona. Pasó la primera, y dijo: “Esta no es, aunque iba vestida como esta”; pasó la segunda, y repitió lo mismo; más al ver a la tercera que era Sor María de Jesús, “esta es, esta es”, exclamó. Pero no contentos los Superiores con solo este experimento, obligaron a pasar otra vez del mismo modo a todas las religiosas de la comunidad, y a medida que iban pasando, decía el moro: “esta no es, esta no es...”, hasta que conocida su maestra que venía la última, oyéndolo todos, exclamó: “Mirad, mirad, que esta es aquella, que me ha convertido, y añadió, ven aquí, dime, ¿cómo estando tu aquí dentro de este monasterio, y sin poder salir fuera de él, fuiste a Pamplona a convertirme, mientras yo estaba encerrado en el castillo? Y como la humilde sierva de Dios nada respondiese y poco a poco se apartara de las demás, prorrumpió en alta voz: “Señores, que esta es la monja que me apareció en Pamplona y me ha convertido”. Y el Notario que había presenciado todo, y a quien Sor María de Jesús le era bien conocida, levantó público testimonio de lo sucedido ⁴⁶.

SOR JUANA. CONVERSIÓN DE UN MORO

Sor Juana tenía don de lenguas, pues se conoció que, sin haber estudiado, a veces hablaba en latín para decir cosas secretas a los letrados. Otras veces hablaba en vasco muy cerrado para que no lo entendiesen otras personas e, incluso, habló en árabe para que entendieran dos moras esclavas que llevaron a

⁴⁶ Eduardo Royo, pp. 118-119.

su convento y por nada del mundo querían bautizarse. Ella las convenció de la verdad de la fe católica, hablándoles en árabe, y se convirtieron.

M. MARÍA DE JESÚS Y LOS INDIOS AMERICANOS

Entre 1920 y 1631 evangelizó en bilocación los territorios norteamericanos de Nuevo México y parte de los actuales Estados de Texas, Colorado y Arizona.

Dice el padre Alonso de Benavides: *Mensajeros de la nación Xumana venían todos los veranos a pedir al padre Juan de Salas que los fuese a bautizar porque querían ser cristianos. Ni ellos nos decían quién se lo aconsejara ni nosotros se lo preguntábamos, persuadidos de lo que hacían, como otras muchas naciones que también pedían el bautismo por haber entendido la verdad de nuestra santa fe católica, hasta que el año de 29, habiendo pasado más de cuatro que no teníamos nueva ninguna de la nación española, llegaron al Nuevo México los 30 religiosos que de nuevo nos envió el rey católico, los cuales por relación que el año antes les había dado el arzobispo de México nos dijeron cómo en España corría voz de que una religiosa llamada María de Jesús, de la Concepción descalza de San Francisco, que era en la villa de Ágreda de la provincia de Burgos, era llamada milagrosamente al Nuevo México a predicar nuestra santa fe católica a aquellos indios bárbaros, y les encargó el arzobispo a los dichos religiosos la investigación de este caso, dándoles la relación que dos años antes había llevado de España a las Indias, que dijo haberle sido dada por persona de crédito que le aseguró ser así. Es muy probable que en la prosecución del Nuevo México y su descubrimiento y conversión de aquellas almas se dará presto en un reino que se dice Tidán, cuatrocientas leguas más delante de México al occidente, o entre el occidente y norte, que según se entiende están entre el Nuevo México y Quivira, y si acaso se errase la cosmografía, ayudara el tomar noticia de otros tres reinos llamados el uno, Chillescas, el otro de Guismanes, y el otro de los Aburcos, que confinan con el dicho reino de Tidán, y descubiertos que sean se procurará saber, si en ellos, particularmente en el de Tidán, hay noticia de nuestra santa fe católica, y por qué medios y modo se la ha manifestado Nuestro Señor. El arzobispo, autorizando esto, dice así:*

“Nos, Don Francisco Manso y Zúñiga, electo arzobispo de México del Consejo de Su Majestad y del Real de las Indias, encargamos mucho esta inquisición a los reverendos custodios y padres de la dicha conversión para que la hagan, y soliciten con la puntualidad, fe y devoción que tal caso requiere, y para que de lo que resultare nos vayan dando aviso, en manera que hagan fe de

que sin duda procederán grandes aumentos espirituales y temporales en gloria y servicio de Nuestro Señor, dada en México en 18 de mayo de 1628”.

Cuando esta noticia llegó al Nuevo México el año de 29, muy ignorantes estábamos de ella ni jamás habíamos tenido noticia de la Madre María de Jesús pero luego advertimos que el grande cuidado y solicitud con que los indios Xumanas nos venían a pedir frailes cada verano para que los fuesen a bautizar era alguna moción del cielo y cuando esta nueva llegó, hacía pocos días habían venido a pedir lo mismo y estaban en el pueblo alojados. Llamámoslos al convento y preguntámosles qué motivo tenían a venir siempre todos los años con tanto afecto a pedirlo. Ellos mirando a un retrato de la madre Luisa que allí teníamos dijeron: “Una mujer vestida como esta nos lo anda allá siempre predicando, pero el rostro no es como esta que es vieja, sino moza”. Y preguntados que por qué no nos lo habían dicho respondieron: “Porque vosotros no nos lo habéis preguntado y entendíamos que también andaba por acá”. Y esto mismo dijeron estos indios en diferentes partes sin alterar ni variar unos de otros.

Luego determinamos la ida del dicho padre fray Juan de Salas y su compañero fray Diego López, entrambos teólogos sacerdotes de muy buen espíritu, y con los mismos indios por guías fueron a aquella apostólica misión y habiendo caminado más de cien leguas atravesando por la nación apache de los vaqueros al Oriente llegaron a la nación Xumana que los salió a recibir en procesión con cruz alta y enramada de flores y supieron de los indios que la misma religiosa los había industriado cómo habían de salir a recibirlos en procesión y les ayudó a enramar la cruz. Hicieron alto en aquel campo infinitas gentes y a voces pidieron el bautismo y las indias que tenían a sus criaturitas de pecho incapaces de poderlo pedir, cogiéndoles los bracitos y alzándolos daban voces pidiendo también para ellas el bautismo.

Habiendo asistido allí algunos días catequizándolos, y habiendo plantado una cruz grande adonde siempre se juntaban a rezar, determinaron estos religiosos a volverse a nosotros a llevar más obreros porque la mies era mucha, y despidiéndose de los indios y encargándoles la adoración y fe de la santa cruz en todas sus necesidades que conseguirían el remedio de ellas. Dijo el capitán mayor: “Padre, nosotros aún no valemos nada con Dios porque no estamos bautizados, somos como animales del campo, tú eres sacerdote de Dios y puedes mucho con esta santa cruz, cura a muchos enfermos que tenemos antes que te vayas”. Luego los fueron trayendo de todas las enfermedades, y haciéndoles estos dos religiosos la señal de la cruz, y diciendo el Evangelio de San Lucas “Loquente lesu”, y la oración de Nuestra Señora “Concédenos”, y la de nuestro padre San Francisco, luego se levantaban buenos y sanos y se contaron de estos

más de doscientos, con que los indios quedaron muy confirmados en nuestra fe católica.

Y los religiosos, aunque no vieron allí a la dicha religiosa, averiguaron bien con todos los indios cómo públicamente a todos los enseñaba en su lengua y los reprendía de ociosos porque no nos venían a llamar, y allí mismo llegaron embajadores de otras naciones comarcanas como fueron los Quiviras y los Xapies pidiendo también el bautismo por habérselo predicado la misma religiosa. En este estado dejaron estos religiosos aquella milagrosa conversión y se vinieron entre nosotros a darnos parte de lo que habían visto y a llevar más compañeros y adherentes para fabricar allí una iglesia. Por lo cual nos persuadimos que aquella religiosa era la Madre María de Jesús contenida en aquella relación del arzobispo, que merecía ser apóstol de Dios milagrosamente.

Y yo habiendo llegado el año de 30 a España me afirmó el Reverendísimo General fray Bernardino de Sena ser ella y haberlo averiguado ocho años antes siendo comisario general de España, que era llevada milagrosamente a la conversión del Nuevo México, y así me dio patente fuese a verme con ella a Ágreda y la mandó me satisficiese en todo para honra y gloria de Dios, y totalmente me he persuadido por haberme manifestado todas las cosas del Nuevo México de la misma suerte que yo las había visto, y otras particularidades que guardo en mi alma ⁴⁷.

Escribe el padre Alonso de Benavides: Llegué a la villa de Ágreda a postrer día de abril de 1631. Entre otras virtudes que esta Madre María de Jesús tiene alcanzadas del Señor, es el deseo de salvación de las almas; que desde criatura tuvo gran lástima de los que se condenaban, y más de los infieles que por falta de luz y predicadores no conocen a nuestro verdadero Dios y Señor. Y habiéndola manifestado Dios nuestro Señor todas las bárbaras naciones que en el mundo no le conocen, fue llevada a ellas milagrosamente, y predicado personalmente en esas naciones nuestra santa fe católica, particularmente en ese nuestro nuevo Méjico.

Me dijo esta bendita alma, que había asistido conmigo al bautismo de los Piro, y me conoció ser el mismo que allí vio. Así mismo asistió al dichoso P. Fr. Cristóbal de Quirós a unos bautismos, dando señas verdaderas de su persona y rostro, hasta decir que aunque viejo, no se le parecían mucho las canas; que era carilargo y colorado de rostro; y que una vez, estando bautizando este Padre en su iglesia, iban entrando muchos indios, y se iban amontonando en la puerta, y que ella por sus propias manos los iba apartando y acomodando en sus lugares,

⁴⁷ *El Memorial de 1634 de fray Alonso de Benavides*, Ed. Universidad Francisco de Vitoria, Madrid, 2021, pp. 114-118.

para que no le estorbasen, y que los indios miraban quién los apartaba, y se reían cuando no veían quién lo hacía.

También me dijo todo lo que sabemos que sucedió a nuestros dichosos hermanos y padres, fray Juan de Salas y fray Diego de López en la jornada de los Yumanas, que ella los solicitó e industrió todo este tiempo para que fueran a llamarlos, como lo hicieron. Diome todas las señas de los Padres blancos y colorados, y asistió con ellos, y conoce muy bien al capitán tuerto, dando las señas y de otros. Y ella propia envió embajadores de Quivira a llamar a los padres; todo lo cual dirán los mismos indios, porque personalmente les hablaba. Son tantas las particularidades que de toda esta tierra me dijo, que ni aun yo mismo me acordaba y ella me las traía a la memoria. Y preguntándola que por qué no se dignaba que allá la viésemos, pues los indios la veían, respondió que los indios tenían necesidad y nosotros no, y que todo lo disponía el Señor

Me dijo más, que saliendo de Quivira al Oriente, aunque muy lejos, se pasaría por las señales que vio el P. Ortega, amenazado de muerte por los caminos para que no pasen allá con nuestra santa fe católica, que así lo enseña el demonio, y en el discurso del camino se convirtieran muchas gentes, si los soldados fueren de buen ejemplo; y que alcanzó de nuestro Padre San Francisco y de nuestro Señor que, con solo verlos los indios a nuestros frailes, se convirtieran... El reino de Fidas es muy grande y pobladísimo y es adonde más acudió, y por su intercesión llevó allí nuestro Señor dos religiosos de nuestra Orden, que bautizaron al rey y a mucha gente y allí los martirizaron (dice que no eran españoles) y que también han martirizado a otros muchos indios cristianos y el rey tiene los huesos en una caja de plata, en una iglesia que allí se hizo ⁴⁸.

Del modo como esto fue, no me parece lo puedo decir. Si fue ir o no real y verdaderamente con el cuerpo, no puedo yo asegurarlo; y no es mucho lo dude, pues San Pablo estaba a mejor luz, y confiesa de si fue llevado al tercer cielo, y que no sabe si fue en el cuerpo o fuera de él. Lo que yo puedo asegurar con toda verdad es, que el caso sucedió en hecho de verdad, y que sabiéndolo yo, no tuvo nada del demonio, ni malos efectos. No me detengo a contar aquí el paso porque está todo él en el informe; solo diré las razones que hay para juzgar fue en cuerpo, y otras, que podía ser ángel.

Para juzgar que iba realmente, era que yo veía los reinos distintos, y sabía sus nombres, y que se me ofrecían al entendimiento distintamente; que veía las ciudades y conocía la diferencia de la tierra, y que el temple y calidad era diferente, más cálido, las comidas más groseras, y que se alumbraban con luz, como de tea; que los amonestaba y declaraba todos los artículos de la fe, y los

⁴⁸ Eduardo Royo, pp. 101-102.

animaba y catequizaba y lo admitían ellos, y hacían como genuflexiones, aclamando por su bien y deprecaciones.

En una ocasión me parece que di a aquellos indios unos rosarios; yo los tenía conmigo y se los repartí, y los rosarios no los vi más. El modo a que yo más me arrimo y que más cierto me parece, fue aparecerse un ángel allí en mi figura, y predicarlos, y catequizarlos, y mostrarme acá a mí el Señor lo que pasaba para el efecto de la oración, porque el verme a mí allá los indios fue cierto.

Conocía las guerras que tenían y que no peleaban con armas como las de acá, sino con instrumentos para tirar piedras a la traza de hondas y con ballestas y cuchillos de fuste: y mientras duró la guerra me parece a mí que oraba y tenía las manos altas por ellas y que me lastimaba de su trabajo. En otras ocasiones me parecía que les decía que se convirtiesen y que, pues se diferenciaban en la naturaleza de los animales, se diferenciases en conocer a su Criador y entrar a la Iglesia santa por la puerta del bautismo. El juicio que yo puedo hacer de todo este caso es que él fue en realidad de verdad, las que tuve conocimientos de aquellos reinos que serían 500 veces y aún más de quinientas las que obraba y deseaba su conversión: que el cómo y el modo no es fácil saberse y que, según los indios dijeron de haberme visto, o fue ir yo o algún ángel en mi figura. Esto del reino y las cosas exteriores duraron tres años ⁴⁹.

M. LUISA Y LOS INDIOS AMERICANOS

El padre fray Juan de Santander, que era Comisario general de Indias el año de 30 cuando llegué a España, y hoy es obispo de Mallorca, habiendo entendido estas cosas, y el milagro que el bendito padre fray Francisco de Porras hizo en Moqui de dar vista al ciego de nacimiento con una cruz de la madre Luisa de Carrión, persuadido de que ella era la contenida en aquella memoria del arzobispo de México, quiso ir personalmente a la averiguación de caso tan grave a la villa de Carrión, y habiendo comunicado esto con el padre fray Domingo de Aspe, confesor de la dicha madre, religioso de grandes prendas y espíritu, cual se requiere para gobernar tal alma, le mostró en el libro de las revelaciones que va escribiendo de ella, un capítulo cómo año y medio antes que yo viniera a España había sido llevada milagrosamente la Madre Luisa a las conversiones del Nuevo México y sacó las palabras formales del libro y me las mostró aunque no me las dejó trasladar.

⁴⁹ Ib. pp. 104-106.

La Madre Luisa es asimismo llevada milagrosamente a las conversiones del Occidente del Nuevo México como son los Apaches de Navajo que lo manifestaron allí al bendito mártir fray Martín de Arvide, y a las provincias de Zuñi y Moqui a donde fue el milagro de su cruz y, aunque nos pudiéramos quietar solo con esto, hay otras mayores razones que por vivir estas benditas religiosas estarán en silencio hasta su muerte.

Después que estoy en España tengo cartas del Nuevo México en que me escriben aquellos padres cómo sucedieron en aquellas conversiones de los Xumanas ⁵⁰.

En uno de los exámenes a que fue sometida por el mes de enero de 1635, manifestó: “Nunca he salido de estos reinos, ni andado más tierras que de Madrid a Carrión, en donde he estado desde los 17 años que tenía cuando me llevaron a casa de mi tía Catalina de Colmenares”. Y en otro examen en Carrión al preguntarle si fue llevada en espíritu a las Indias, contestó: “Que estando en raptos que suele tener, fue llevada en espíritu a cierta tierra que no conoció, aunque después por lo que le pasó echó de ver era tierra de indios, pero que no sabe qué provincia, y en el espíritu vio que doce personas se querían ir del sitio donde estaban y ésta en espíritu les exhortó y les pidió a que no se fuesen porque a las personas que esperaban que eran unos religiosos de S. Francisco venían o llegarían presto; y que el conocer estaba en las Indias fue porque se la dieron a entender en las revelaciones el espíritu. Dice que no conoció a las personas aludidas, no sabe si lo que ha contado sucedió estando dentro de su celda o si la llevaron en espíritu a las Indias, estando de noche en el rapto en su celda o ermita. Dijo que a nadie contó nada de eso. Pero que de Vizcaya vinieron a este convento dos personas, cuyos nombres desconoce, ni de dónde fuesen, y la dijeron que estando en las Indias en cierta provincia de ellas para irse de allí, ella se les había aparecido a doce compañeros y díjoles no se fuesen que presto llegarían los religiosos de S. Francisco, que con esto se habían animado y esperado y ésta les dijo que ella no había hecho más que encomendarles a Dios y ellos callaron y no pasaron más adelante en la plática ⁵¹.

M. MARÍA ÁGREDA Y LA INMACULADA

Ya San Agustín en el año 415 barruntó la concepción inmaculada de María al escribir: *La piedad exige que confesemos a María exenta de pecado, pues a la santa Virgen María, acerca de la cual por el honor debido a nuestro Señor, cuando se trata de pecados, no quiero tener absolutamente ninguna*

⁵⁰ El Memorial de 1634 de fray Alonso de Benavides, o.c., pp. 118-119.

⁵¹ Barriúso, o.c., pp. 94-95.

discusión, a ella le fueron concedidos más privilegios de gracia para vencer de todo punto el pecado, ya que mereció concebir y dar a luz al que no tuvo pecado alguno ⁵².

En el siglo XIII el beato Juan Duns Escoto (1266-1308) se planteó esta cuestión de si María fue concebida o no en pecado original y concluyó que no. Cuando fue a la universidad de la Sorbona de París encontró que esta cuestión estaba definitivamente resuelta en el sentido de que María tenía el pecado original como todos los seres humanos. Escoto tuvo que defender su opinión públicamente con los maestros principales de la universidad de París. Las crónicas aseguran que el doctor mariano pulverizó los argumentos de los contrarios. Su argumento se resume así: *Se afirma que en Adán todos pecaron y que en Cristo y por Cristo todos fueron redimidos. Y que si todos, también ella. Y respondo que sí, ella también, pero ella de modo diferente. Como hija y descendiente de Adán, María debía contraer el pecado original. pero redimida perfectísimamente por Cristo, no incurrió en él. ¿Quién actúa más eximiamente, el médico que cura la herida del hijo que ha caído o el que sabiendo que su hijo ha de pasar por determinado lugar, se adelanta y quita la piedra que provocaría el traspies? Sin duda que el segundo. Cristo no sería perfectísimo redentor si por lo menos en un caso no redimiera de la manera más perfecta posible. Ahora bien, es posible prevenir la caída de alguno en el pecado original. Y si debía hacerlo en un caso, lo hizo en su madre.*

El argumento de Escoto quedó sintetizado en las cuatro palabras celebérrimas: *Potuit, deuit, ergo fecit* (Podía hacer a su madre inmaculada, convenía que lo hiciera, luego lo hizo).

La Madre Ágreda lo supo por la luz sobrenatural que Dios le concedió para escribir en su libro de la *Mística Ciudad de Dios la historia de María*. En este famosísimo libro, del que no ha sido condenada ninguna enseñanza, habla de la presencia de María en el plan divino de la creación, predestinada junto con Jesús, su Hijo, para ser su madre. Por ello, desde el primer instante de su concepción, fue creada purísima, inmaculada, libre de todo pecado. Así lo requería su dignidad única de ser la digna madre de Dios y la primera redimida en previsión de los méritos de su hijo Jesús. La solidez teológica de su doctrina nunca fue condenada por la Iglesia, ya que la investigación de la Inquisición en 1681 fue sobreseída. Ninguna de sus enseñanzas mereció condena. Y estas ideas inmaculistas tuvieron mucha influencia en la espiritualidad de los siglos siguientes hasta nuestros días. Las invocaciones marianas de María como reina y Señora, madre y maestra de la Iglesia, primera cristiana y redimida, discípula de

⁵² De naturaleza y gracia (36, 42).

Cristo, mujer evangélica, maestra de los apóstoles, modelo de la Iglesia, etc., constituyen puntos básicos de la mariología aceptada en el concilio Vaticano II.

El problema fue que había muchos maculistas, que negaban este misterio de la Inmaculada concepción y, al no poder atacar sus enseñanzas; atacaron su persona, ya que creían excesivo este privilegio al igual que los jansenistas, galicanos y otros enemigos del culto a María. El asunto solo se solucionó cuando el Papa Pío IX, después de consultar a todos los obispos del mundo y encontrar a la mayoría que eran favorables al dogma, lo proclamó el 8 de diciembre de 1854; y la misma Virgen María lo ratificó al decir en Lourdes: *Yo soy la Inmaculada Concepción.*

El día que el Papa Pío IX definió este dogma nombró al rey Felipe IV de España entre los que más trabajaron por conseguir esta definición dogmática. Por supuesto por influencia de la M. Ágreda

M. LUISA Y LA INMACULADA

También fue muy devota la Inmaculada Concepción de la Virgen María. El padre Daza escribió: *Como era tan devota de este sagrado misterio, salió a la defensa de él e hizo voto y juramento de tener y creer que esta Soberana Señora fue concebida sin pecado original y añadió que daría la vida por su defensa.* Además escribió a Su Santidad y al rey Felipe III, suplicándole que defendiese y amparase esta causa y también escribió a otros cardenales, obispos y príncipes de la Cristiandad.

Fundó una Congregación o Hermandad espiritual con el nombre de *Defensores de la Purísima Concepción de la Virgen.* Hacia 1621 escribía el Padre Daza que ya eran más de 80.000 los que estaban inscritos en esta Hermandad y entre ellos figuraba el rey Felipe III. A ella se debió el juramento que hicieron de este misterio en ciudades y villas, universidades y cabildos eclesiásticos y seculares. Y así lo hizo la villa de Carrión el 13 de enero de 1619 en un ambiente de grandes fiestas populares. En el Acta del juramento se decía: *Juramos y firmemente prometemos de tener, defender y guardar en cuantos en nosotros fuere, que la Virgen Santísima nuestra Señora, Santa María, Madre de Dios, fue concebida sin mancha de pecado original o culpa; y en esta misma sentencia y opinión seremos, estaremos, haremos ser y estar siempre jamás y en el entretanto que por su Santidad o por nuestra Santa Madre la Iglesia no se resolviere y determinare para tener y creer otra cosa, así lo juramos y prometemos, digo, ofrecemos, proponemos y prometemos por Dios nuestro Señor*

y por esta señal de la cruz y por los santos cuatro evangelios en que ponemos nuestras manos ⁵³.

SOR JUANA DE LA CRUZ Y LA INMACULADA

Estaba firmemente convencida de esta verdad y anotaba en sus escritos: *Los que dicen lo contrario (que no aceptan la Concepción inmaculada de María) no dicen verdad y habrán de tener estrecho juicio delante de Dios, si no se enmiendan y salen de tan grande error. Y que los que afirman y favorecen la limpísima y santa Concepción de Nuestra Señora él los ayudará y favorecerá y salvará y dará la vida eterna, porque dicen lo cierto y verdadero.*

De la carne que Dios tomó carne mucha razón era que fuese limpísima y purísima y castísima y escogida entre todas las criaturas. Porque, si Nuestra Señora tuviera en su limpísima carne alguna mancha de pecado original, también la tuviera el mismo Dios que tomó carne de ella... Debe conocer todo el mundo que pues ella mereció ser Madre de Dios y Virgen, que todas las excelencias y privilegios y virtudes tiene y tuvo y tendrá más aventajadas y altas y perfectas que otra ninguna pura criatura ⁵⁴.

SOR MARÍA. MILAGROS EN VIDA

Si en vida esta Sierva de Dios fue enriquecida de tantos favores celestiales y de la gracia de hacer milagros, brilló todavía más con estas dotes, después de su muerte. Sesenta son los milagros que se comprueban en los Procesos y no nos faltan tampoco algunos otros desde el tiempo de los Procesos (1678) hasta nuestros días. De los primeros vamos a referir solo dos, los que se describen en el Sumario con los números I y V; y de los posteriores, indicados ligeramente tres, nos detendremos algo más en la narración del acaecido en Nivelles (Brabante Bélgica).

El I del Sumario no es un milagro solo sino que comprende muchos y continuos: Hará treinta y ocho años, poco más o menos, que Dios N. Sr. fue servido de darme una enfermedad grave, en la ciudad de Amedo, entonces villa, a donde yo vivía. El médico me mandó sangrar de la mano, y de la sangría cegué

⁵³ Barriúso, *La monja de Carrión*, o.c., p. 169.

⁵⁴ García Andrés Inocente, *El conhorto: Sermones de una mujer: La santa Juana* (1481-1534), vol II, pp. 1419-1420.

totalmente de ambos ojos; y habiendo convalidado de la enfermedad, viéndome pobre y que mi sustento pendía de mi trabajo, sin tener otro alivio ni modo con que poder vivir, e imposibilitado de trabajar en mi oficio de sastre, me resolví de ir a la ciudad de Zaragoza, adonde tenía un hermano cirujano en el hospital general de dicha ciudad para ver si había algún remedio para restituir la vista. Me llevaron a Zaragoza, y llegando a hablar a mi hermano, este llamó al protomédico de Aragón, para que me viese; y el protomédico me hizo sangrar, me purgó y me dio algunas bebidas; y viendo que no aprovechaban, ni se remediaba mi daño, me dijo el dicho protomédico, que era daño y mal incurable, y que no había remedio humano en la medicina para restituirme la vista. Desconsolado yo, me resolví, ya que en la tierra no había hallado remedio, de buscarle en el cielo. Y como tenía mucha noticia de la grande virtud y perfecta vida de Sor María de Jesús, Religiosa de la Purísima Concepción de Descalzas, de la Villa de Ágreda, hice resolución de ir a dicha Villa y pedir a dicha Sierva de Dios que suplicase a N. Sr. me diese algún alivio en mi trabajo de no poder trabajar para sustentarme.

Habiendo ido a dicha villa y llevándome al convento de la primera fundación, y pidiendo en el torno llamasen a la M. M.^a de Jesús, al punto bajó al locutorio, y a mí me entraron en él; y preguntándome que qué se me ofrecía, sin decirle mi nombre, con muchas lágrimas le presenté mi trabajo, y que era hombre muy pobre, y que era sastre y no podía, por estar del todo ciego, trabajar; y que viéndome en esta aflicción había ido a pedirle a dicha Sierva de Dios en sus oraciones pidiese a su Divina Majestad me diese la vista. Dicha M. me respondió: Aguárdese aquí un poco; y apenas pasaría un cuarto de hora, la sierva de Dios volvió al locutorio, y con mucha alegría me dijo: hermano Francisco consuélase, que Nuestro Señor le dará alivio, y aunque sin vista podrá trabajar en su oficio de sastre, y tendrá mucho en que trabajar: vaya con Dios y encomiéndeme a N. Señor que yo lo haré por usted.

Consoladísimo de tan gran favor y misericordia me volví a mi tierra, adonde luego se publicó el prodigio, y desde entonces empecé a trabajar mi oficio de sastre como antes cuando tenía perfecta vista: y Dios ha sido servido, que he tenido mucho que trabajar, cortando y cosiendo, y haciendo todo lo que podía hacer con perfecta vista; y he tenido oficiales en mi casa, a quien he dado que trabajar a dicho oficio; y aprendices a quien he enseñado; y con mi trabajo he vivido y vivo honradamente.

Para asegurarse el Sr. Obispo, hizo que le vendasen los ojos a Francisco Gómez (este era el nombre del ciego) con un lienzo con muchos dobles, y en presencia de tres oficiales sastres, y de los testigos que estuvieron a su deposición y de otras muchas personas que concurrieron a verlo, le dijo a dicho Francisco que enfilase o enhébrase la aguja de coser; y Francisco tomó una

aguja de coser en una mano y una veta de hilo en la otra, y con harta presteza la enhebró; hizo esto tres o cuatro veces mudándole diferentes agujas. Después mandó que trajeran un pedazo de tela, y los sastres que allí estaban, le dijeron que cortase una hoja de calzones, y tomando la medida al Secretario de ., echando la medida en la pieza, cortó con todo arte y perfección una hoja de calzones; y señaló con un jabón una hoja de manga y cosió. Y esto todo lo hizo con los ojos vendados, de manera que, aunque no fuera ciego, no podía ver. Y su Ilma, preguntó a los sastres que allí asistían, si podían ellos con los ojos vendados hacer lo que hacía Francisco y respondieron que eso era cosa sobrenatural...

Sor María hizo en su vida grandes y singulares milagros. Cincuenta y nueve de ellos sobresalen en los Procesos. Uno fue el de María Pérez de esta villa de Ágreda. Venía padeciendo úlceras gangrenosas en el brazo derecho, las que casi le habían consumido todo el brazo y toda la mano y hasta corroído los huesos. Agotados los remedios de la medicina sin éxito alguno y en peligro inevitable de muerte, determinaron amputarle el brazo. La enferma empero quiso antes hablar con la venerable y rogarle que la curase. Tocó la sierva de Dios el brazo de María Pérez y, al instante, desaparecieron las úlceras, quedando el brazo y la mano perfectamente consolidados. Habiendo un cirujano abierto la vena para sangrar en el brazo derecho a María de Mendoza, tocó y ofendió el nervio, la arteria y el morcillo del brazo con la lanceta. Se le inflamó el brazo y los médicos y cirujanos convenían en que era necesario cortárselo para conservarle la vida, pero, habiéndoselo tocado la sierva de Dios con su mano, repentinamente quedo curado ⁵⁵.

M. LUISA Y LOS MILAGROS

La M. Luisa era muy devota de la santa Cruz y esto lo acredita el hecho de que había cruces colocadas por ella en todos los rincones del monasterio. Repartía cruces por miles y las personas devotas las tenían por milagrosas. Fueron muchos los casos milagrosos de curaciones y de remedio en los peligros y de otros males, que las gentes atribuían a la virtud de estas cruces que otorgaba Dios por intercesión de la M. Luisa.

⁵⁵ Eduardo Royo, p. 389.

SOR JUANA Y LOS MILAGROS

Tenía el don de sanar a los enfermos. Y según su amanuense, sor María Evangelista, fueron muchos los milagros que Dios realizó por su medio.

Un día se le acercó sor María de los Ángeles y le mostró dos zaratanes (dos tumores cancerosos) que le habían salido en los pechos. Sor Juana buscó unos pañitos, los empapó con agua bendita y, mientras rezaba interiormente, los aplicó al lugar enfermo y luego hizo la señal de la cruz. Y sor María de los Ángeles quedó totalmente sana. En un instante le habían desaparecido los dos zaratanes. Otra hermana tuvo una nacida (divieso) en el brazo que ya se había hecho fuego de San Marcial. El ángel advirtió a sor Juana: *Más mal tiene esa religiosa de lo que piensa, pero tú la podrás curar*. Le aplicó mientras oraba con gran compasión unas compresas de agua bendita y quedó sana. Según sor María de los Ángeles, a veces sor Juana lamía las llagas de las enfermas y quedaban sanas.

Un día sanó a un vicario de esta casa al cual había mordido un carnero con rabia. Y habiendo dado cuenta de ello a la dicha bienaventurada, enviándole un bocado de pan que ella había mordido, quedó sano. Por lo cual muchas religiosas y otras personas tomaban pan que ella mordía y lo guardaban, y sanaban con ello de muchas enfermedades.

MUERTE Y EXHUMACIONES DE M. LUISA

Por orden de los inquisidores fue llevada al convento de las Agustinas recoletas de Valladolid y, pasados 19 meses en ese confinamiento, murió el 28 de octubre de 1636, asistida de su confesor, el padre Francisco de Soria de la Orden de san Basilio, y rodeada de la comunidad agustina.

a) MAL OLOR

El 10 de noviembre de 1636 los inquisidores ordenaron su exhumación. Encontraron su cuerpo con el hábito de San Francisco y puestas las manos enlazados los dedos unos con otros, y encima de la cara estaba un velo negro y, quitado, se descubrió un rostro muy cárdeno y que parecía que los ojos estaban muy tiernos, como de agua y materias, y dicho rostro tenía la lengua de fuera muy negra y olía muy mal y, visto por las dichas religiosas el dicho cuerpo, debajo de juramento, dijeron que el cuerpo que estaba en el ataúd era el de la

Madre Luisa de la Ascensión. Y dichas religiosas dijeron que el cuerpo de la M. Luisa tenía en la cara como sangre y agua y que el cuerpo olía mal ⁵⁶.

b) DE VALLADOLID A CARRIÓN

El dos de febrero de 1655 le entregaron el cuerpo de la M. Luisa en Valladolid al padre General de la Orden franciscana. El miércoles 3 de febrero, en camino de Valladolid a Carrión, hicieron un alto en Palencia. El día cuatro pasaron por Amusco y Calahorra, y el día cinco llegaron a Carrión (Palencia) y ese día la enterraron. Es digno de hacerse notar que en la comitiva iba la Madre María Jesús de Ágreda.

El 5 de febrero de 1655 a las 7:30 p.m. en presencia de los infrascritos testigos y secretario, nuestro Reverendísimo padre fray Pedro Mañero, Maestro general de toda la Orden, por comisión del Consejo de la Suprema y general inquisidor, enterró en este convento de Santa Clara de Carrión los huesos y calavera de sor Luisa de la Ascensión que en la venta de Trigueros le entregó el dos de febrero del mismo año don Fernando Martínez de Zúñiga, secretario de la Inquisición de Valladolid, en una caja de madera ruda, sin ninguno ornato ni aliño, sino de la misma manera que suelen enterrarse en dicho convento las religiosas que han sido abadesas.

c) SUAVÍSIMO OLOR

Las religiosas clarisas de Carrión querían saber si el cuerpo que les habían entregado era realmente de la M. Luisa y en el año 1677 se encerraron una noche en el coro, obligándose a guardar secreto, y cavaron la tierra y, abriendo las tumbas, hallaron el venerable cuerpo en la misma forma en que fue visto la primera vez en Valladolid. Al descubrir los venerables restos se percibió por todo el monasterio una delicada fragancia durando varios días aquel suavísimo olor. Satisfechos los piadosos deseos de las monjas, al convencerse de la realidad de los restos de la M. Luisa, los encerraron dentro del mismo ataúd y los enterraron en el mismo lugar en donde se conservan hasta que Dios los descubra ⁵⁷.

MUERTE DE LA M. MARÍA DE JESÚS

⁵⁶ Barriúso, o.c., pp. 358-359.

⁵⁷ Ib. pp. 472-473.

Murió el 24 de mayo de 1665, a los 63 años. Su cuerpo fue trasladado de la enfermería al coro bajo de la iglesia del convento, donde se abrió la reja para que el pueblo tuviese consuelo de verla. Se reunió un gran gentío que fue necesario rodear el templo y su puerta con fuerzas armadas que contuvieran y ordenaran la multitud. El funeral fue presidido por el General de la Orden franciscana, el provincial y otros padres principales de la Orden...

a) MAL OLOR

No hemos de pasar en silencio dos cosas bien extrañas que sucedieron estando todavía insepulto el cadáver de la Venerable M. Ágreda. Una es que, aunque de la boca de la religiosa difunta salía pus mezclado con sangre corrompida a consecuencia de habersele reventado la apostema que tenía en el pecho y por lo que despedía mal olor, los paños, empero, con los que limpiaban dicha materia fétida, exhalaban después suave fragancia. Y otra, que los que se hallaban muy cerca del cadáver, observaron admirados que la cara, manos y pies de sor María estaban transparentes y diáfanos, imitando la claridad de un limpísimo cristal.

Terminado el funeral primero y apenas transcurridas veinticuatro horas desde el fallecimiento, fue sepultado el cuerpo de la sierva de Dios en uno de los nichos del cementerio de las religiosas, pero con la diferencia de que los cadáveres de las religiosas son enterrados sin caja y el de sor María fue colocado en un ataúd tan pequeño que no se pudo cerrar; y de que este nicho quedó mucho más que los otros cubierto con ladrillos y yeso para precaver imprudentes curiosidades.

Las hermanas, desde que entró en la tumba el cuerpo de sor María, empezaron a tener veneración a este sepulcro, y de día y de noche, y en cualquier necesidad, acudían a él como a un oratorio y lugar de refugio, y allí, como acostumbraban en vida de la venerable, le pedían la bendición y se encomendaban a su patrocinio. Los habitantes de Ágreda y de los pueblos vecinos llegaban también a este sepulcro, y arrodillados en derredor de sus muros con lágrimas y sollozos, imploraban el auxilio de la sierva de Dios, consiguiendo por su intercesión todo cuanto pedían ⁵⁸.

b) BUEN OLOR

Las religiosas notaron a los pocos días de sepultado su cuerpo que por todo el convento se extendía cierta fragancia. A las tres semanas de sepultada

⁵⁸ Eduardo Royo, pp. 400-401.

abrieron dos agujeros en la parte correspondiente a su cabeza y observaron que por los agujeros salía muy suave olor, que se derramaba por el convento.

El 10 de septiembre de 1667 subieron su cuerpo con permiso del General de la Orden al coro bajo. Vieron que el hábito exterior estaba perdido por la humedad y el agua que había destilado.

CUERPO INCORRUPTO

El cuerpo estaba todo entero. La cara muy morena sin faltarle ni el pico de la nariz. Todo lo demás del cuerpo estaba muy lleno de carnes sin ninguna corrupción, de color que tiraba a algo amarillo como cera, la garganta entera y llena, los pechos sobresalían y hacían caída, y lleno por la parte de abajo, el vientre al parecer entero todo sin haberse roto; los brazos muy llenos de carnes y robustos; las manos más secas con sus uñas blancas, las piernas llenas de carne en la forma de los brazos, y tenía en las rodillas unos grandes callos, que con algo de transparente que tenía la carne se descubrían más; encima de las rodillas tenía la señal de la cinta con que para enterrarla le ataron las piernas, tan formada que se hundía medio dedo en la carne hollándola sin romperla; los pies estaban en la conformidad de lo demás del cuerpo, solo algo más morenos, aunque no tanto como la cara; tenían la sangre (que unas sanguijuelas que le echaron poco antes de morir en ellos habían sacado) tan colorada como si estuviera fresca; la carne se mostraba al tacto en el cutis al modo de pergamino y en lo interior al cutis más tratable de suerte que al apretarla se hundía como carne blanda, y por algunas partes tenía una humedad a manera de unto.

Esta disposición con que se halló el cuerpo de dicha M. Sor María de Jesús después de dos años y cerca de cuatro meses de sepultada parece maravillosa. Porque siendo común el corromperse en la misma bóveda y sepultura los demás cuerpos de las religiosas que allí se entierran y, no habiéndose hecho con el de la dicha Madre especialidad ninguna en orden a su conservación, sino dejándola a la disposición de las causas naturales, y aun puéstola en nicho más incómodo para conservarse, por tener humedad no se puede atribuir la conservación e incorrupción arriba expresada a las calidades del lugar, ni tampoco a las del tiempo, por haber muerto al último de mayo, cuando comienzan los calores.

Vestido nuevamente el cuerpo por las religiosas, dispuesta un arca grande de nogal y preparado por los religiosos el túmulo en donde se había de poner, llevaron el dicho cuerpo desde la ordinación al dicho sepulcro, y trabando yo de la parte de la cabeza y otro religioso de la parte de los pies, lo metimos en dicha arca, en la cual solo había una sábana que se puso delante de mí, y dos

almohadas, y con la una parte de la sábana se cubrió el cuerpo, sin haber ni poner en dicha arca cosa de olor ni que pudiera servir a la conservación de dicho cuerpo más de lo dicho, e inmediatamente se cerró el arca con entrambas llaves. Luego metieron la dicha arca en el túmulo y se cerró el largo de delante por donde entró, con un tabique de ladrillo y manilla de yeso ⁵⁹.

c) OTRAS EXHUMACIONES

Y el buen olor y aquella incorrupción continúan mucho años después y por último hasta nuestros días. El rey Carlos II, diez años después, el 5 de junio de 1677, mandó abrir su sepulcro y apareció su cuerpo entero, tratable como si estuviera vivo, exhalando suavísima fragancia. Se inclinó su Majestad y le besó la mano y lo mismo hicieron muchos de su comitiva. En el reconocimiento de 1757, los tres médicos y cirujanos que tomaron parte, unánimemente confesaron la incorrupción y el olor grato del cuerpo que se ha registrado con el mayor cuidado y atención ⁶⁰. Actualmente le falta a su cuerpo los dos pies y una tibia que fueron arrancados furtivamente en 1702, cuando la reina María Gabriela de Saboya, esposa de Felipe V, hicieron abrir el sepulcro.

En 1909 se hizo un nuevo reconocimiento y se sintió el olor suavísimo y agradable. En 1989, tras su reconocimiento, se hizo su traslado a la iglesia del monasterio junto al altar de San Francisco. Podemos decir que su cuerpo está bien conformado y de una talla mayor de la ordinaria en una mujer, que casi en su totalidad está cubierta de sus tegumentos comunes y con proporcionada corpulencia y solo en alguna parte en estado esquelético. Su estado de conservación, teniendo en cuenta los más de 300 años transcurridos, el agua que por más de dos años cayó sobre él, el sitio húmedo y el féretro agujereado en que ha estado depositado y los problemas que tuvo que sufrir al quitarle en 1757 los dos pies y la tibia; y también en la invasión francesa y en los dos siguientes reconocimientos, no deja de ser admirable la conservación tan perfecta de las manos y de las uñas y no se puede explicar naturalmente el olor suavísimo que despide y que se ha sentido en diferentes ocasiones a lo largo de los años. Y eso habiéndose comprobado que su cuerpo no fue embalsamado ni se puso en el féretro ningún perfume ⁶¹.

⁵⁹ Ib. pp. 406-407.

⁶⁰ Ib. p. 408.

⁶¹ Ib. pp. 410-411.

MUERTE DE SOR JUANA

En su última enfermedad en 1534 estaba muy enferma. Estuvo 15 días sin orinar y, aunque no quería ser curada por los médicos, permitió dejarse curar y le hicieron grandes experiencias, pero sin éxito. Mandó que le trajesen un confesor, porque se quería confesar y comulgó con admirable devoción y pidió la santa unción. Todos los días que estuvo enferma de la enfermedad que murió, no pasó noche que no se elevase en éxtasis. Acercándose el día de su glorioso tránsito, tuvo una revelación en la vigilia de los apóstoles Felipe y Santiago, en la que conoció que era voluntad de Dios sacarla de esta vida. Los vio en éxtasis a estos dos apóstoles y a su propio ángel custodio.

a) MAL OLOR

Tenía muy mal olor de boca por sus enfermedades y, cuando llegó el momento de la partida, dijo: *Vamos de aquí. Aquí está el Señor y nuestra Señora y mi ángel y mis ángeles y santos.* Eran las seis de la tarde del 3 de mayo de 1534 cuando expiró.

b) BUEN OLOR

Apenas expiró comenzó la hora de los perfumes. El doctor, que estaba muy cerca de ella, fue el primero en percibirlo. Tenía fetidez de aliento, pero en ese momento comenzaron a percibir un perfume que no era de este mundo.

Así, con muy grande hermosura y gracia, exhalando grato perfume, trasladaron los frailes su cuerpo al coro. El lunes, día 4, era tal la multitud que acudió a venerar sus restos, que a la hora de Vísperas todavía había muchas personas en los campos sin conseguir entrar en la iglesia. Como alzasen grandes clamores para que la mostrasen, los frailes tomaron el cuerpo y lo sacaron fuera con mucha reverencia y lo mostraron hasta la hora de Completas, para que las gentes pudieran satisfacer su devoción y volver a sus casas en paz.

Cinco días estuvo sin sepultar, recibiendo los innumerables besos de los fieles, y regalando favores del cielo. Los que se acercaban quedaban embriagados del perfume. Y aquellos hermanos franciscanos que ella amó, y de los que deseó ser amada, la custodiaron noche y día hasta su inhumación.

Pasaron los cinco días y la devoción de las gentes era como un río que sin cesar fluía. No se veía su fin. Cada uno quería besar y tocar cuentas y otros

objetos al cuerpo venerable de sor Juana de la Cruz, y los frailes se prestaron a satisfacer aquella devoción. Hubo muchos prodigios. Hubo mucho perfume.

c) INHUMACIÓN EN EL CORO BAJO 1534

Algunas señoras notables propusieron a las hermanas inhumar el cuerpo de sor Juana en la iglesia, para consolación de los fieles. Sugerían la capilla del Santísimo. Pero las hermanas preferían tenerla junto a ellas en el coro. Se consultó a los Superiores regulares y éstos se pronunciaron a favor del deseo de las religiosas. Fue «enterrada finalmente en el coro bajo sin caja, sin otra cosa que la tierra, y echada gran cantidad de cal y agua.

Estuvo enterrada sor Juana por espacio de siete años en el coro bajo, hasta que alguien removió la inquietud de las hermanas. Vivía en el monasterio una niña como educanda, hija de los condes de La Puebla de Montalbán, “nieta de doña Leonor Chacón”, puntualiza un testigo. Un día la encontraron algunas religiosas escarbando con sus deditos en el lugar donde estaba sepultada sor Juana de la Cruz. La preguntaron qué estaba haciendo. La niña dijo que quería saber por qué salía tan buen olor de aquel lugar. Acudieron las hermanas y como todas comprobaban que, efectivamente, de aquel lugar fluía un delicado perfume, comenzaron a recabar las licencias necesarias para exhumar el cuerpo de sor Juana. Querían inquirir cómo estaba el cuerpo, si es que la cal viva había dejado algún resto. Todos quedaron impresionados al verla incorrupta, flexible y despidiendo “aquel divino y celestial olor” .

d) TRASLACIÓN AL CORO ALTO 1541

Cuentan las ancianas que cuando la descubrieron hizo muchos milagros... y en particular que todas las religiosas que estaban enfermas, santiguándose y tocando su hábito sanaron de las enfermedades y acudieron a celebrar la fiesta de su traslación con mucha alegría. Y habiendo puesto el santo cuerpo en un arca decente, le pusieron en el coro alto, a donde acudían todas las religiosas a venerarla como cuerpo santo y a consolarse en todas sus necesidades espirituales y corporales. Y con haber, por su devoción mientras estaba en el coro alto, lavádole muchas veces el rostro, limpiándola con paños de Holanda, después siempre se ha hallado su santo cuerpo entero e incorrupto⁶².

⁶² Párroco, pp. 243-235.

M. MARÍA Y M. LUISA. MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

En el horno de la calle Nueva de esta Villa de Ágreda, a 6 de septiembre de 1669 se prendió un fuego muy vehemente, que tomando mucho cuerpo, en breve se temió hiciera muchos estragos y causara grandes trabajos en las casas circunvecinas; y trabajando los que habían acudido para apagarlo desesperaban de conseguirlo y lo tenían casi por imposible. En tanto apuro llevaron al lugar del incendio al Señor Sacramentado a quien hicieron entonces preces; y nada se consiguió. En cuyo estado D. José Orobio, caballero principal de dicha villa, tiró al incendiado una cuenta, que con especial estimación y veneración guardaba del rosario de la sierva de Dios Sor María de Jesús, invocándola con la mayor fe y confianza para que les librase de tanto riesgo y peligro; y al instante de echada aquella cuenta en medio del incendio cesó el fuego, advirtiendo los circunstantes que en aquel tiempo había en el horno muchos leños ya tostados y dispuestos para quemarse y para prender la llama e incendio con mayor cuerpo y vigor. De esto se hizo auto público por testimonio de Lucas Planillo, en cuyas notas discurre y dice que no es menor prodigio que el horno, después de tanto incendio, quedó sin maltratarse; y se halló dicha cuenta pendiente de una madera sin haberla tocado el fuego.

Posteriormente a los Procesos registramos, entre otros, estos milagros. El maravilloso caso que según exactos y prolijos informes de personas muy fidedignas sucedió en el convento de Religiosas Franciscanas Descalzas del convento del Caballero de Gracia de esta Corte (Madrid) con su Abadesa la M. Sor María del Carmen y San José; y que obró el Señor por la intercesión de la V. M. Sor María de Jesús de Ágreda en la forma siguiente: Hallándose días totalmente baldada de todo el medio cuerpo abajo la citada Abadesa, originado de un fuerte reumatismo, y padeciendo muy vehementes y continuados dolores, sin encontrar alivio alguno entre la multitud de remedios que se hicieron con ella, cerca de la hora de tocar a vísperas dijo a las enfermeras que la llevasen en la silla a una interior capilla y, estando en ella, la dejaron con una lega, a la cual pidió que hiciese oraciones pidiendo por la intercesión de la V. M. Sor María de Jesús de Ágreda, que alcanzase de Dios la diese salud si la convenía: y ella hizo la propia diligencia con tanta eficacia y a tan buen tiempo que, habiendo sido oídas sus fervorosas súplicas, se sintió repentinamente sana de todos sus dolores dirigiéndose a todo correr derecha al coro a tiempo que estaban en sus vísperas las demás Religiosas, las cuales cesaron en ellas apenas la vieron, quedando admiradas de tan sobresaliente maravilla. Se volvieron a comenzar las vísperas haciendo ella misma la hebdomadaria, y después cantaron el Te Deum, repicando las campanas en señal de regocijo; y desde

entonces ha proseguido la nominada Abadesa con los demás Actos de Comunidad, sin haberse advertido en su salud, el más leve quebranto ⁶³.

Sor María Coletta, concepcionista del convento de Nivelles (Bélgica) estaba gravemente enferma con inflamación crónica en la medula dorsal. Ninguna cura la mejoró. En octubre de 1866 se fue agravando de tal manera, que perdió el apetito y el sueño, y además fue acometida de calambres violentos y acompañados de vómito, los cuales acabaron de abatirla. Siendo por tanto inútiles todos los remedios humanos, se pensó acudir a los del cielo, y el día 27 de enero de 1867 se decidió, como última tentativa, empezar una novena en honor de nuestra venerable María de Jesús de Ágreda, con el fin de obtener, si así estaba en los divinos designios, la curación de sor María Coletta por los méritos de su gloriosa cohermana. La enferma desde el principio de la novena parecía ya estar en los extremos; mas no por esto vino a menos su confianza, y aunque moribunda no dejó caer de la mano la imagen de la Venerable de la cual se prometía obtener la gracia. Igualmente viva era la confianza de la abadesa, la cual en el último día de la novena, como si el corazón le presagiase lo que después sucedió, dio orden de que sor María Coletta, agonizante como estaba, fuese transportada al coro.

Es necesario aquí notar que el miércoles 6 de febrero, víspera del día en que acaeció el milagro, el abate Roulaers, maestro de la escuela normal de Estado y director espiritual de la comunidad religiosa, había ido a visitar a la enferma, y había oído también su confesión, persuadido que aquella había de ser la última, y que él no había podido menos de estremecerse a vista del estado miserable a que ella estaba reducida. Por lo tanto, el último día de la novena, que fue el 7 de febrero, muy de mañana la abadesa mandó a algunas monjas que llevasen a la enferma al coro. Mas estas apenas podían creer a sus ojos, cuando habiendo entrado en la celda de sor María Coletta, lejos de encontrarla moribunda en el lecho, la encontraron ya fuera de él, buena y vestida. El milagro se había ya hecho; todavía las dos religiosas la quisieron colocar en una silla para llevarla sobre ella hasta el coro, como les había mandado la abadesa. Mas habiendo llegado al fin de la escala, sor María Coletta, que se sentía perfectamente curada, les dijo: “Ponedme en el suelo, que quiero andar yo”; e inmediatamente fue puesta en el suelo, y, habiendo entrado en el coro acompañada de las dos hermanas, se postró a adorar el Santísimo Sacramento, y poco después se acercó a la Sagrada Mesa, sin ser sostenida por nadie, y permaneció arrodillada sobre el desnudo pavimento sin ningún apoyo. Desde aquel momento sor María Colletta no sintió ningún mal: estaba radicalmente curada ⁶⁴.

⁶³ Eduardo Royo, pp. 412-415.

⁶⁴ Ib. pp. 418-419.

La santa Juana, sor Juana de la Cruz, vio a la Madre Luisa varias veces, porque se le apareció después de muerta. Sor Juana dice en una carta del 28 de octubre de 1636: *Estando en la celda y estando mirando al cielo hacia San Agustín, vi el cielo abierto como a manera de un corredor estrecho de grandísima claridad donde vi entrar a la santa (Luisa), acompañada de nuestro Padre san Francisco y de muchos santos de la Orden y ángeles que la acompañaban. Me habló y dijo: “Hermana, ya el Señor ha permitido que se acaben mis trabajos y me lleva consigo. Ahora acabo de expirar”. Y yo vi cómo la recibió el Padre eterno con gran gusto, diciendo: “Venga mi hija y esposa Luisa”. Yo quedé con grande admiración y, aunque entonces dije lo que había visto en el cielo al padre Vicario que aquí estaba, no declaré más hasta ahora que la obediencia me ha obligado. Otra vez me la ha mostrado el Señor, recostada en su sacratísimo pecho, acostada como si estuviera descansando*⁶⁵.

SOR JUANA. LAS CUENTAS DE LOS ROSARIOS

Fray Melchor de Cetina, místico franciscano de la tercera etapa del Siglo de Oro, leyó a sor Juana de la Cruz, la estudió, visitó su sepulcro, dio un dictamen sobre las cuentas y estampó su firma en el Proceso toledano el año 1615.

Él nos dice: *Por comisión del Reverendísimo padre fray Arcángel de Mesina, Ministro General de la Orden, este testigo hizo Información en el convento de la Cruz, de las cosas tocantes a las cuentas de Santa Juana, y averiguó lo siguiente.*

Haber oído decir a las monjas más ancianas que alcanzaron a Santa Juana y la trataron familiarmente —y desde entonces hasta ahora es común tradición sin haber oído cosa en contrario— que, viendo las religiosas de aquel tiempo la rara santidad de la dicha beata Juana de la Cruz, lo mucho que privaba con el Señor, y los muchos misterios que en la oración le revelaba por ministerio de su santo ángel de su guarda, que se llamaba san Laruel Áureo, le rogaron las monjas a la dicha beata Juana que pidiese a su ángel suplicase a Nuestro Señor, les concediese algunas gracias que ellas pudiesen ganar para sí y para sus difuntos.

La cual se lo rogó a su ángel, y el ángel a Dios, y Dios le otorgó su petición Y dio noticia de ella a la dicha beata Juana, la cual dio aviso a sus monjas, y les dijo que para cierto día recogiesen todas las cuentas que pudiesen

⁶⁵ Ib. p. 141.

haber y que se las llevasen. Las cuales juntaron, de casas de fuera, muchos rosarios y sartas de cuentas. Y llevándoselas, les dijo que las echasen en un cofrecillo de su celda, y que la llave se llevase a una de las ancianas de la casa.

Y después de esto, cuando las religiosas sintieron que la dicha beata Juana estaba arrebatada y arrobada, como muy de ordinario le acaecía, elevada, llevadas de curiosidad abrieron el cofre y le hallaron vacío de las cuentas que habían puesto en él.

Visto lo que pasaba, le tornaron a cerrar, aguardando que la dicha sor Juana volviese en sus sentidos para pedirle razón de sus rosarios. Y cuando volvió en sí, les dijo que abriesen el cofre donde habían puesto sus rosarios. Y, en abriéndole, creció mucho más la suavidad del olor primero. Y ella les dijo que no se espantasen de que aquellas cuentas tuviesen aquel olor, pues no solamente habían estado en manos de los ángeles, que las habían llevado a Dios, sino en las mismas manos del Salvador. Que en su presencia las había bendecido y les había concedido muchas gracias, que ella les refirió dándoles a cada una las cuentas que de ella había recibido ⁶⁶.

1. LAS CUENTAS DEL PORTERO

Había dos clases de cuentas: las originales y las tocadas a las originales. Sus poseedores tenían cuidado en notar esta diferencia. Unas y otras tenían el mismo simbolismo y propiedades, pero quien la tenía original podía tocar otras nuevas para transmitir la misma virtud. No así en las que ya eran tocadas.

Entre los divulgadores de cuentas benditas, y mediador de gracias alcanzadas con ellas, llama la atención la actividad de un franciscano, del que apenas estamos seguros de su nombre. Se trata del hermano portero del convento de san Francisco, de Valladolid. Por uno de los testimonios se puede pensar que su nombre era fray Pedro de Tordesillas.

En aquel convento había una imagen de la Santa Juana en la capilla de la Orden Tercera. Además, el hermano portero tenía una cuenta original. Nuestro fraile hurtaba tiempo al descanso para horadar las semillas de una planta. Cuando ya tenía las cuentas preparadas, las tocaba a la cuenta original y las daba a los que le pedían. Fueron muchos los favores alcanzados y numerosas las curaciones realizadas por el contacto y la oración de la cuenta del portero. Se recogieron testimonios entre el 1600 y el 1615 y el P. Navarro da cuenta detallada de algunas en la biografía de sor Juana.

⁶⁶ Párroco, pp. 212-216.

No solamente se beneficiaban de la cuenta original, y las cuentas tocadas las gentes de Valladolid que frecuentaban el convento, sino también los transeúntes. Un mozo soltero de Monforte de Lemos, Francisco Rodríguez, se quedó ciego. Los médicos no le pudieron curar. El domingo de Ramos fue al convento y contó su pena a fray Pedro. El buen fraile le tocó con la cuenta. Rezaron. Luego le dio un rosario y le dijo que durmiera con él puesto sobre los ojos y tuviese confianza. Al día siguiente, Francisco se levantó con la vista recobrada y fue corriendo al convento dando gritos y proclamando el milagro.

Muchos de los beneficiarios de estos favores fueron niños. En este caso eran sus padres los que les llevaban al portero de san Francisco. Una fue *Manuela Toro, de 12 años, que también se curó de una enfermedad de los ojos.*

Mariana de Tordesillas, de tres años, que padecía fiebres cuartanas, era hija de un mercader de telas. El portero le tocó con la cuenta mientras rezaban él y los padres, y la niña quedó sana. Juan de Velasco, de trece meses, curó de garrotillo cuando ya estaba en extremo de muerte. Era hijo de un batidor de oro de Valladolid. Otro niño de nueve años, Antonio Berrio, recobró la salud. Era de Palencia y estaba con sus padres de paso en Valladolid.

Por fin recordaremos a una doncella que cuando estaba cosiendo puso tanta fuerza en deshacer un nudo, ese eterno e inoportuno enemigo de las costureras, que se le partió la aguja y la punta le saltó al ojo. Todas las curas fueron inútiles y la doncella, que se llamaba Antonia González, perdió totalmente el ojo. “Estuvo diez años así, ciega de un ojo, hasta que escuchó las maravillas que Dios obraba por virtud de las cuentas de santa Juana. Fue al convento de san Francisco y pidió a un religioso que se llamaba fray Pedro de Tordesillas, que tenía una cuenta original, tocase aquel ojo. Lo hizo tres días seguidos y al tercero recobró la vista tan completamente como si nunca hubiera tenido lesión”.

Otro gran divulgador fue el capellán del convento de las Descalzas de Toledo, el padre fray Gregorio de Castrejón, franciscano descalzo de la provincia de San José. También él multiplicaba las cuentas. Y dijo que tenía devoción a las cuentas y a la bienaventurada sor Juana de la Cruz, y procurando se aumentase esta devoción de ella y de sus cuentas en los fieles, tenía por costumbre de llevar muchas cuentas de una yerba que llaman lágrimas, y se crían en las huertas de su Religión y otras partes, que son del tamaño de un garbanzo, algo más o menos y de diversos colores y les iba haciendo agujeros para repartir después de tocadas, y dar a cada uno conforme a su devoción. Dio testimonio en el proceso de muchos favores alcanzados durante el tiempo que vivió en Almagro, y luego en Toledo.

2. ORIENTE Y OCCIDENTE

Sería muy largo enumerar los datos de tantas personas sencillas y notables que pidieron cuentas benditas. Los testimonios llenan cientos de folios en los procesos de la santa Juana. Recordaremos unos pocos para dar una idea de la expansión y de tu influencia. “Y estas cuentas son muy estimadas de reyes, príncipes y prelados, obispos y cardenales, los cuales las piden con grande instancia. Le dieron una al cardenal Borja, que vino a visitar a la santa cuando so iba a Roma. Y las ha enviado este testigo a petición de los reinos de Francia y de las Indias y japoneses y otros reinos que se las piden, las cuales hacen muchos milagros, que si estuvieran escritos, en cuatro años que hace que está en esta casa se hiciera un gran libro”. Quien da este testimonio es el capellán del convento desde el año 1611, fray Francisco Alonso de Espinosa, fraile menor.

Es de notar que el Papa Clemente VIII, siendo todavía cardenal, viajó a España acompañando a un hermano suyo que era auditor de la Rota. Vino con motivo de un pleito del condado de Puñoenrostro. Habiendo oído hablar de la santa Juana de la Cruz, viajó expresamente desde Torrejón de Velasco a Cubas, para visitar su sepulcro. Le acompañaron los condes de Puñoenrostro, Juan de Arias Portocarrero y doña Juana de Castro. Con mucha devoción, el futuro Papa pidió una cuenta que estimó mucho y llevó consigo ⁶⁷.

INQUISICIÓN Y M. LUISA

Fue denunciada al Santo Oficio de la Inquisición y sometida a proceso en especial por los impugnadores acérrimos del misterio de la Inmaculada Concepción. Le prohibieron comulgar todos los días y solo podía hacerlo dos veces por semana. Ella obedeció con humildad y juran las monjas y su confesor, el padre Basilio, que los días que no comulga oyen en su celda por tiempo de una hora una música celestial a modo de celebrarse una misa y, estando la puerta solamente entornada y probando las monjas de querer entrar, no ha sido posible hasta que la música se acaba y se tiene por cierto que la comulga allí nuestro Señor ⁶⁸.

La M. Luisa murió en 1636. Al año siguiente el Santo Oficio publicó un edicto, ordenando que los que tuvieran imágenes, retratos, firmas, cruces, cuentas, reliquias, etc., de la Madre los entregasen a la Inquisición donde se

⁶⁷ Párroco, pp. 221-223.

⁶⁸ Barriúso, o.c., p. 331.

continuaba un Proceso contra ella. En 1648 fue absuelta de la instancia de ese juicio y en la misma sentencia se prohibían igualmente las cruces, retratos, etc., incluidos sus escritos.

Se decía literalmente: *Prohíbanse los papeles manuscritos e impresos en pro o en contra de su canonización u otros privilegios que se le atribuyen. En especial se prohíbe el tratado: “Informe, Apología y Defensorio por la persona y virtudes de sor Luisa de la Ascensión”....* Y se mandó recoger las cruces, etc., y todos los libros y cuadernos que tratan de su vida, milagros y revelaciones de sor Luisa, o de los privilegios, gracias o indulgencias concedidas a dichas cruces, Cristos, etc.⁶⁹. Así quedó paralizado su posible beatificación hasta el día hoy.

CAUSA DE BEATIFICACIÓN DE M. ÁGREDA

En 1673 se comenzó el Proceso de beatificación de M. María de Jesús y fue declarada venerable por el Papa Clemente IX, pero no se pudo continuar por la denuncias de los maculistas, que eran acérrimos negadores del dogma de la I. Concepción. La denunciaron en Madrid, Roma y París. Fueron 3 Procesos inquisitoriales. En 1681 el libro *la Mística ciudad de Dios* fue puesto en el ÍNDICE de los libros prohibidos y levantada la prohibición en 1713.

En 1999 la secretaría del Vaticano publicó una declaración que la eximía de todo error y herejía, pero renovó la negativa a la reapertura de la Causa de beatificación. Hay esperanza de que esto pueda superarse como lo fue en la Causa del beato Juan de Palafox, que fue negado dos veces y a la tercera se abrió y se llegó a la beatificación.

PROCESO DE BEATIFICACIÓN DE SOR JUANA

Después de su muerte, era voz unánime que había muerto una santa y la gente, por los muchos milagros conseguidos por su intercesión, la llamaba ya la santa Juana. Por eso, se comenzaron a recoger testimonios de personas conocidas en vista a su canonización. Para los gastos del Proceso, las Cortes de su Majestad entregaron 4.000 ducados. El año 1665 el procurador de la Causa ante la Curia Romana fray Juan de San Diego Villalón envió una carta al Superior provincial en la que le decía que todo lo que se había hecho no era suficiente para probar el culto inmemorial que tenía la sierva de Dios, después de 130 años de su fallecimiento, ya que en 1625 el Papa Urbano VIII había promulgado un decreto por el que se prohibía dar culto a las personas que hubieran muerto en opinión de

⁶⁹ Ib. p. 505.

santidad, mientras no hubieran sido beatificadas. Además, no habían pasado en 1625 cien años para comenzar el Proceso y en ese momento había que hacerlo conforme a las nuevas normas. Por ello se procedió a quitar el cuerpo del arca de plata y lo sepultaron en el centro del coro bajo. Y las 16 lámparas y todo lo que se estimaba como reliquia de sor Juana, se guardó en un cuarto retirado de la clausura. En 1665 se reanudó el Proceso, pero quedó interrumpido y en el siglo XX se volvió a abrir el proceso. Esperamos que todo vaya bien y pronto la veamos canonizada.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído la vida de estas tres grandes almas, que han sido admiradas durante siglos, podemos decir que no fueron condenadas por la Inquisición, sino absueltas. Que el punto principal de discusión en su tiempo de si la Virgen María era o no inmaculada en su Concepción, ha sido superado por la definición dogmática del Papa Pío IX el año 1854, después de consultar a todos los obispos del mundo, que en mayoría apoyaron este dogma, y después que la Virgen en Lourdes se definió a sí misma como la *Inmaculada Concepción*, a pesar de que algunos teólogos, muy críticos, decían que eso no era teológicamente válido, como si fuera una herejía.

Los muchos milagros que Dios ha realizado por la intercesión de estas mujeres en vida y después de su muerte, nos dan una buena pista de su santidad, al igual que el género de vida austera y fervorosa que llevaron en este mundo.

Pero todavía hay quienes, al igual que los teólogos de la Sorbona de París, que condenaron los escritos de la M. María de Jesús, no solo no la consideran santa, sino herética por sus ideas, a pesar de que los escritos de la Madre María nunca fueron condenados por la Iglesia y se han hecho más de 173 ediciones de su libro *Mística Ciudad de Dios*, un libro que a muchas personas ha llevado al conocimiento y al amor de Dios.

No podemos adelantar el juicio de la Iglesia, pero creemos, como la Conferencia episcopal de los obispos de España, que presentó una moción conjunta para que siguiera el proceso de la M. María de Jesús, que es una santa realmente al igual que la M. Luisa y la M. Juana, aunque no estén reconocidas todavía oficialmente por la Iglesia. Algo parecido le sucedió al obispo de México, Juan de Palafox, que fue considerado hereje en dos oportunidades por las autoridades eclesiásticas y después fue absuelto y ahora es beato.

Que Dios los bendiga y que, imitando la vida de estas tres hermanas nuestras, que nos han precedido y marcado el camino de Dios, podamos también nosotros llegar a la patria celestial, donde con seguridad, con título o sin título de santos, ellas nos recibirán y se alegrarán de vernos a su lado como sus devotos y fieles seguidores para gloria de Dios.

Que Dios los bendiga por medio de María y no olviden que tienen un ángel custodio, que siempre los acompaña y a quienes ellas tenían mucha devoción.

Tu hermano y amigo para siempre.

P. Ángel Peña O.A.R.

Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

